

BOLÍBROS BRUJERA

PUNTO

ROJO

...Y EN POLVO
TE CONVERTIRAS

Lou Carrigan



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



LOU CARRIGAN

**... Y EN POLVO TE
CONVERTIRAS**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 804
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 26.160 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: setiembre, 1977

© Lou Carrigan, 1977

texto

©

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

—Rufus, te amo —dijo Patty.

Rufus Carmichael se sentó vivamente de ágil salto en la cama y quedó mirando, estupefacto, a la rubita y preciosa muchacha de ojos azules que la compartía con él.

—¡Caracoles! —exclamó—. ¡Qué me dices!

Patty se quedó a su vez mirando con gesto de asombro al no menos guapo Rufus Carmichael. A sus treinta años, alto, atlético, pelirrojo, con los ojos de un tono verde claro, Rufus Carmichael era sin duda alguna, un despanpanante ejemplar masculino.

—¿Qué es lo que te sorprende? —inquirió Patty—. ¿Acaso no acabo de demostrártelo?

—¿Acabas de demostrármelo? ¿De qué modo?

—¿Cómo de qué modo? —Se sentó ella también en la cama, haciendo vibrar sus tersas, juveniles y bonitas formas—. A mí me parece que ha quedado bien claro el modo en que se puede demostrar amor hacia un hombre.

—¡Ah! —Pareció comprender Rufus—. Te refieres a estos tres pequeños combates que hemos sostenido durante la tarde.

—Exactamente a eso me refiero —se encrespó Patty.

—Bueno, bueno... No te lo tomes así. La verdad es que estaba un poco distraído.

—No comprendo cómo puedes estar distraído en una situación como ésta —se encrespó aún más Patty.

—Pues... Bueno, preciosa, la situación ha llegado y ha pasado por tres veces. Ahora estábamos descansando, y yo cuando descanso me distraigo muchísimo.

—Pero me amas —exigió ella.

—Naturalmente que sí, primor. Anda, ve a darte una ducha mientras yo voy a recoger las cosas y llevarlas al coche para regresar a la ciudad.

—¿No quieres... nada más?, —ofreció maliciosamente Patty, sonriendo.

—Hijita, yo soy fuerte y un fenómeno con un volante en las manos, pero cuando un pobre conductor de bólidos como yo se encuentra un bólido como tú, lo mejor que puede hacerse es echar el freno antes de estrellarse.

Riendo jubilosamente, Patty se abrazó a Rufus y le besó.

—Oye, nada de empezar de nuevo. ¿Estamos? Si lo que quieres es matarme, terminarás antes con una pistola.

—Pero de un modo mucho menos agradable —volvió a reír Patty.

Saltó de la cama, y corrió hacia el cuarto de baño. Rufus la siguió con la mirada, sonriendo, y luego encendió un cigarrillo.

Era no sólo bella, sino accesible. Tan accesible, que Rufus Carmichael sabía perfectamente que Patty era esa clase de chica que andan a la caza de un millonario. Y claro está, cuando uno sale de caza se encuentra muchas piezas... Hablando más claro, Patty había hecho ya suficientes pruebas con suficientes millonarios, a la búsqueda de su ideal... económico. Y como los millonarios no tienen nada de tontos se habían dado cuenta de la interesada búsqueda de la muchacha, y se la habían ido traspasando unos a otros, hasta que, finalmente, Patty había llegado a Rufus Carmichael, al que según parecía consideraba el más tonto de todos y por lo tanto con más posibilidades de cargar con ella como legítima esposa.

Sonriendo en verdad divertido, Rufus Carmichael se dedicó a recoger las cosas de la merienda, ir colocándolas en la cesta, y ésta en el formidable coche deportivo de color rojo. A todo esto, Patty terminó de ducharse, se vistió y finalmente apareció fuera de la cabaña cuando Rufus estaba probando ya el motor de su automóvil.

—Podríamos quedarnos más tiempo —dijo ella.

Rufus movió negativamente la cabeza, mientras se acercaba a la puerta de la cabaña junto al río y la cerraba con llave. Tomó del brazo a Patty, la llevó junto al coche y la ayudó a colocarse en el asiento contiguo al del conductor. Luego rodeó el coche, se sentó junto al volante y arrancó.

—No podemos quedarnos porque tengo algunas cosas que hacer —contestó entonces a la muchacha.

—¿Tú tienes cosas que hacer? —volvió a reír ella de un modo encantador—. ¡Pero Rufus, si eres millonario!

—Pues sí, tengo esa desgracia. Soy millonario, pero tengo algunas obligaciones que continuamente me lo recuerdan.

—¿A quién quieres engañar? —exclamó Patty—. Tú solamente te preocupas de tus bólidos de carreras y todo ese asunto de velocidad sobre cuatro ruedas.

—Te aseguro que hago algunas otras cosas también importantes en la vida, bella muñeca —refunfuñó Rufus Carmichael—. Pero, en fin, supongo que aunque te las contase no las creerías. Por cierto, tú nunca me has visto correr, ¿verdad?

—¿Te refieres a participar en una de esas carreras que hacéis los hombres con coches potentes, como si fueseis niños jugando?

Carmichael miró de reojo a la muchacha y sonrió secamente.

—Sí, en efecto, me refiero a esas tonterías de niños que hacemos los hombres manejando cacharros que pueden casi volar a más de doscientos kilómetros por hora. Verdaderamente, tienes razón: es una tontería.

—Me alegra que seas tan amable y consecuente al admitirlo —aprobó ella, mirándole como encandilada—. ¿Lo has pasado bien conmigo, Rufus?

—Maravillosamente —admitió Carmichael sin mentir en absoluto.

—Bueno, mientras me duchaba, yo estaba pensando que quizá podríamos... No sé... A mí, francamente, no me seduce mucho la idea de casarme, pero creo que sería capaz de hacerlo con un hombre como tú.

—Eres muy amable —la miró un momento Rufus Carmichael—. Te agradezco mucho tus palabras, Patty, porque significan no sólo que me amas, sino que me has catalogado como un hombre de pelo en pecho.

—Y en otros sitios también —rió una vez más Patty—. ¿Qué te parece mi idea, Rufus?

—¿Cuál idea? ¿La de afeitarme?

—Oh, vamos —protestó la muchacha—. No te comportes conmigo a estilo *play-boy*, como sé muy bien que haces con todas las chicas a las que tratas. Quiero asegurarte que yo estoy hablando en serio, y que me estoy refiriendo a un agradabilísimo y feliz

futuro para los dos.

—Tienes razón —admitió él—. Verdaderamente, es una tontería dejar escapar a una persona que sabemos positivamente que puede convertirse en la compañera ideal para toda la vida. Estoy seguro, además, que te gusta todo lo que me gusta a mí.

—¡Oh, sí! —Dio un gritito Patty—. ¡Puedes estar seguro de ello, mi amor!

—Déjame meditar sobre el gran hallazgo de mi vida —dijo él mirándola un instante con expresión aborregada—. Eres tan hermosa y te amo tanto Patty, que quiero recrearme con mis pensamientos en tu belleza y en tu amor.

—¡Oh! —exclamó ella emocionadísima.

El coche deportivo había abandonado ya el camino, y rodaba a moderadísima velocidad por la carretera que un par de kilómetros más allá desembocaba a su vez en la autopista que conducía a la ciudad. En dos minutos, Rufus llegó a la autopista, dio la gran vuelta por el trébol que permitía el acceso directo, y poco después aparecía ya en el carril de la derecha de la fantástica y reluciente pista.

Rufus Carmichael notó en el brazo una mano de Patty y la miró sonriendo. Una sonrisa que se ensanchó al ver el gesto tenso de la muchacha y sus ojos muy abiertos, asustados.

—¿Sí, amor de mi vida? —inquirió amablemente.

—¡Estás corriendo demasiado! —gritó ella.

—¡Qué va, qué va! Tú no sabes lo que es correr, vida de mi vida. ¡Pero si esto es un juego de niños! Ahora vas a ver cómo se divierten los niños como yo.

El pie de Rufus Carmichael apretó todavía más. El coche saltó al carril de la izquierda y la velocidad fue aumentando rápidamente hasta llegar a los doscientos kilómetros por hora.

Junto a Rufus Carmichael, sin saber adonde agarrarse, rígida y con ojos desorbitados, Patty miraba hacia adelante, hacia el morro del coche que parecía devorar la carretera y casi a punto de despegar de ésta.

—¡Rufus, no corras tanto! —gritó.

El la miró, volvió a sonreír amablemente, y apretó todavía más el pedal del gas. El auto deportivo y además especialmente trucado para Rufus Carmichael, todavía aumentó la velocidad. Junto al

insensato conductor, Patty tenía la sensación, debido a la velocidad, de que sus cabellos iban a ser arrancados de la cabeza. Lanzada a más de doscientos kilómetros por hora, tuvo la sensación de que la piel de su rostro y de sus manos comenzaba a arder. Sus ojos se llenaron de lágrimas, los oídos comenzaron a zumbarle...

—¡Para! —gritó—. ¡Para ahora mismo!

Rufus se volvió a mirarla una vez más, como olvidando completamente que estaba sobre un cacharro que casi volaba a más de doscientos kilómetros por hora.

—¿Qué dices? —gritó, soltando la mano derecha del volante y colocándosela junto a la oreja derecha.

—¡Que pares! —gritó fuera de sí la rubita.

Pareció que entonces sí lo entendía Rufus. Puso un gesto de desconcierto y de sorpresa, pero fue retirando el pie del pedal del gas y el coche deportivo descapotable fue perdiendo velocidad y cruzando los diversos carriles hasta alcanzar el de la derecha. Un poco más allá había una zona de descanso, y en pocos segundos, Rufus Carmichael ya a velocidad ciertamente razonable, llegó allí y detuvo el coche. Se volvió a decirle algo a Patty, pero ésta, a toda prisa, ya había saltado del coche, y con los pies en tierra firme, lo miraba como si quisiera sacarle los ojos.

—¡Eres una bestia inmundada! —le gritó—. ¡Podíamos habernos matado!

—¡Claro que no! —se asombró Rufus Carmichael, poniendo cara de niño bueno y razonable—. Pero si apenas habíamos rebasado los doscientos kilómetros por hora, mi vida. Además, comprenderás que en este juego de niños...

—¡No quiero ni siquiera oír tu voz! ¡Y desde luego no pienso regresar a la ciudad contigo!

—¿Qué quieres decir? ¿Acaso vas a quedarte aquí?

—Eso es exactamente lo que voy a hacer. Y no te preocupes por mí, que ya encontraré a alguien en la autopista que me lleve a la ciudad.

—Bueno —movió la cabeza Carmichael, como quien no acaba de comprender las cosas de este mundo—. Tú me habías dicho que podríamos casarnos, y yo sólo quise saber si realmente haríamos una buena pareja. Para que sepas a qué me refiero, te diré que mi pareja debería soportar la velocidad de doscientos kilómetros por

hora con una sonrisa en los labios, Patty.

—Pues no pienso sonreír junto a un animal enloquecido como tú. ¡Déjame en paz!

—Vaya, muñeca, siento realmente que te lo tomes así...

—¡Vete a la mierda!

Carmichael la miró de nuevo estupefacto. Luego, movió la cabeza, haciendo chascar la lengua con un gesto de desaprobación. Y de pronto, el auto deportivo pareció saltar, dejando a la muchacha de pie y sola en la zona de descanso y regresando a la carretera.

Con la visión del rostro sorprendido y consternado de Patty, Rufus Carmichael continuó autopista adelante de regreso a la ciudad, mientras alternativamente iba silbando y cantando sus estrofas que hacían referencia a la búsqueda de la felicidad a toda velocidad.

Hasta que sorprendiéndole, sonó el radioteléfono que tenía junto a la palanca del cambio de marchas. Descolgó rápidamente el auricular con la derecha, y lo llevó hacia una de sus orejitas.

—¿Sí? —inquirió.

—Rufus, soy Thorne —oyó la voz seca y recia de un hombre.

Instintivamente, Carmichael se sentó en el asiento del coche con un poco más de compostura.

—Sí, señor. Diga, señor.

—¿Dónde estás ahora?

—Estoy de regreso a la ciudad. Me faltan apenas quince kilómetros, señor.

—Estupendo. Eso significa que llegarás antes de las seis y media. A esa hora tienes que llamar a una mujer llamada Sara al Wellington Hotel.

—Muy bien, señor. ¿Qué debo decirle a Sara?

—Es ella la que tiene algo que decirnos a nosotros. Ha pedido que uno de mis hombres se ponga en contacto con ella a esa hora exactamente, y parece ser que entonces se concretará una cita personal de la que espero obtener una explicación satisfactoria.

—Muy bien. Sara... ¿qué más?

—Sara Benton. Por cierto, Rufus, sé perfectamente que podría haber recurrido a uno de mis agentes habituales para esos trabajos, pero me pareció conveniente llamarte por si estabas cerca, a fin de

que atiendas tú esta entrevista con Sara Benton.

—¿Por qué precisamente yo, señor?

—Porque ella ha mencionado que ha estado en Le Mans. Y como tú eres un famoso corredor automovilístico que ha estado varias veces en Le Mans, he pensado que eras el hombre más indicado para hablar con ella. Claro está, si no hubieses estado por aquí, sino correteando por ahí con tus bólidos en tus entrenamientos de *play-boy*, pues hubiese puesto el asunto en otras manos. Pero pienso que incluso puede interesarte hablar con una persona que habla de Le Mans, o que ha llegado de Le Mans. Eso no lo he entendido muy bien.

—Lo aclararemos, señor. Y desde luego me hará cierta gracia conversar con Sara Benton. ¿Cómo se ha puesto ella en contacto con usted?

—Pues por el método más sencillo. Llamó por teléfono a la Central en Langley.

—Entiendo. Bien, voy para allá a toda prisa para llegar a tiempo de poder llamarla desde un teléfono público. No quiero que el número de mi coche sea utilizado para los trabajos que realizo para usted, señor.

—Lo comprendo perfectamente y ése es mi consejo, en efecto. Espero tus noticias, Rufus.

—De acuerdo. Le llamaré a usted en cuanto haya hablado con Sara Benton.

Sara Benton decidió mitigar el nerviosismo de la espera, dándose una prolongada ducha de agua caliente. Así que entró en el cuarto de baño de la *suite* que ocupaba en el Wellington Hotel, y abrió el grifo del agua caliente de la ducha. Segundos después, verdaderamente, comenzaba a sentirse relajada bajo la tibia sensación que desde la cabeza se iba deslizándose por todo su cuerpo, como diluyendo la tensión a que había estado sometida antes de tomar aquella decisión.

Mientras permanecía en la ducha, creyó oír algo en la *suite*, así que rápidamente cerró el grifo del agua y aguzó el oído. Pero debían haber sido imaginaciones suyas, puesto que ningún sonido llegaba hasta ella. Volvió a dar el agua y reanudó la confortante y relajante ducha. Todo eran por supuesto aprensiones suyas, miedos

injustificados. Era cierto que huía de una organización cuyo brazo era muy largo, pero seguramente no tanto. No tan largo como para llegar hasta allí.

Sin prestar más atención a lo que pudiese ocurrir a su alrededor, Sara Benton se dedicó a gozar de aquella ducha que terminó unos minutos más tarde. Salió de la bañera, se secó, y luego, envolviéndose en la toalla desde las axilas hacia abajo, salió del cuarto de baño. Dirigió una mirada a su alrededor por la *suite*, pero bien claro estaba que allí no había nadie.

«Tengo que tranquilizarme», pensó.

Se dirigió hacia donde había dejado su relojito de pulsera sobre la mesita de noche y miró la hora. Eran las seis y veinticinco de la tarde. Es decir, que faltaban solamente cinco minutos para que la llamase el enviado de la CIA.

De pronto sonó la llamada en el teléfono que estaba también sobre la mesita de noche, al alcance fácil de su mano.

Sara Benton tendió la mano hacia el auricular, y lo descolgó comenzando a abrir la boca para inquirir quién llamaba, aunque sobradamente lo sabía.

Fue entonces, inmediatamente después de descolgar el auricular, cuando se produjo la explosión, una explosión tremenda, potente y seca, que alzó a Sara del suelo para enviarla con terrible violencia, reventada, llena de sangre la boca, el pecho y el vientre, contra los cristales del ventanal que daba a la terracita, que se rompieron con sonido amortiguado, debido a las cortinas que estaban interpuestas entre ellos y, la muchacha.

Era ya de noche cuando un hombre se introdujo en el coche deportivo en el que Rufus Carmichael había preferido esperar en lugar de interesarse personalmente por lo sucedido a la señorita Sara Benton, alojada en el Wellington Hotel.

—¿Y bien? —inquirió Rufus, mirando al hombre que se había sentado a su lado.

—Colocaron un explosivo en el teléfono —informó el hombre—. Ella entretuvo la espera tomando una ducha, y cuando sonó el teléfono debido a tu llamada, naturalmente la atendió puesto que estaba esperándola. Entonces todo explotó. Está desnuda, con la toalla y el gorro de goma que tenía en la cabeza, adherido a...

Bueno, a lo que ha quedado de esa pobre muchacha.

—¿Han encontrado alguna pista, señor?

—Podemos considerarlo como pistas. Sara Benton había dejado en la caja fuerte del hotel algunas cosas, pasaporte, dinero, joyas, un sobre con fotografías...

—¿Pero ningún mensaje?

—Ninguno. Nada en ese aspecto. Y es lógico, puesto que esperaba tener un contacto inmediato por teléfono, y luego supongo que directamente, con uno de nosotros. Yo diría que lo más importante de lo que hemos encontrado perteneciente a esa muchacha, son las fotografías.

—¿De qué son esas fotografías? ¿De personas?

—No. Solamente lugares. Unos extraños lugares en los que aparecen monolitos y megalitos, grandes y pequeños monumentos de piedra que suelen encontrarse en distintos puntos de Francia. Por ejemplo, pensamos que pueden haber algunos cerca de Le Mans.

—Entiendo, señor.

—También hay fotografías de otros lugares que habrá que identificar. Lo que significa que vamos a enviar copias de estas fotografías a París, para que allí se encarguen de localizar el lugar exacto en el que fueron tomadas esas fotos. Porque podría ser muy bien que no tuviese que ver nada Le Mans con esas fotos.

—D e todos modos, señor, si le parece yo puedo encargarme del asunto. Las carreras automovilísticas de Le Mans serán en breve, y nadie va a sorprenderse de que el famoso corredor automovilístico y *play-boy* Rufus Carmichael, se deje caer por allí.

—Ya he pensado en eso, por supuesto: Espero que te diviertas en Le Mans.

—Gracias, señor. ¿Qué más sabemos de Sara Benton?

—Prácticamente, nada. En el pasaporte se indicaba la profesión de estudiante. Pero esa profesión es tan falsa como el mismo pasaporte a nombre de Sara Benton. El pasaporte solo nos conduce a Francia, y podemos aceptar que quizá los futuros acontecimientos nos lleven concretamente a Le Mans. Ya veremos si esas fotografías nos conducen a algún otro lugar o al núcleo de algo importante.

Rufus Carmichael, muy serio ahora, asentía con movimientos de cabeza. Cuando Thorne, el hombre que dirigía determinados servicios y agentes de la CIA terminó, murmuró:

—Creo, señor, que lo mejor será que empecemos a organizar mi viaje a Le Mans, Francia.

CAPÍTULO II

El apuesto e impresionante Germain Rochelle, estaba sentado en un sillón del confortable salón-biblioteca de la casa que hacía tiempo había sabido ingeniárselas para ocupar. Parecía realmente atareado con aquellos papeles, pero por su expresión era fácil deducir que realmente su mente estaba en otro lugar. Quizá fuese una prueba de ello el hecho de que en cuanto sonó el teléfono descolgó el auricular con rápido manotazo, inquirendo acto seguido:

—¿Sí? ¿Qué ocurre?

—Todavía malas noticias, *monsieur* Rochelle —oyó la voz del hombre—. Me parece que uno de esos dos hombres va a morir, y muy pronto. El otro está aguantando, pero francamente, no creo que lo haga durante, mucho tiempo.

—Está bien. ¿Qué habéis conseguido de ellos?

—Nada, *monsieur*. Ya no sabemos qué hacer en cuanto a torturas y violencias para obligarles a hablar.

—Hace casi una semana que los tenéis ahí, Gilles. Una semana, nada menos, y durante todo este tiempo no habéis sido capaces de obtener dato alguno de esos hombres.

—Lo siento mucho, *monsieur*...

—Pero son muy duros, ya lo has dicho —cortó furiosamente Rochelle—. Ya veremos si cuando yo vaya esta vez continúan siéndolo.

—¿Va a atreverse por fin a venir usted, *monsieur*? Entonces, ¿cuándo le esperamos?

—Dentro de media hora estoy ahí —masculló Rochelle.

Colgó bruscamente el auricular, fue al otro lado de la mesa donde había un timbre, y lo pulsó.

A los pocos segundos, la puerta del salón-biblioteca se abrió y entró un hombre con un uniforme azul marino y gorra de plato en

la mano, que evidenciaba su empleo de chófer.

—¿*Monsieur*? —inquirió.

—Vamos a salir, Rene. Iremos al complejo de Route de Prémartin. Dentro de dos minutos debes tener preparado el «Simca Aronde» en la puerta.

—Lo siento, *monsieur*, pero el «Simca Aronde» se lo llevó *mademoiselle* Veronique esta tarde, y todavía no ha regresado.

—¡Maldita sea! —farfulló por lo bajo, Rochelle—. Está bien. Prepara el «Volvo Amazone».

—Sí, *monsieur*. Estaré listo esperándole a usted dentro de dos minutos.

El chófer salió a cumplir su cometido, y Germain Rochelle quedó reflexionando todavía unos segundos en el salón-biblioteca. De allí se dirigió luego hacia el gran armario empotrado que había en el vestíbulo de aquella soberbia villa que estaba situada en la zona residencial de Bagnade, al norte de Le Mans. Tomó su abrigo de pieles, se lo puso con ayuda de otro criado que acudió raudo, y mientras recibía esta ayuda, Rochelle preguntó:

—¿*Madame* está en su cuarto, Claude?

—Sí, *monsieur*. ¿Desea algún recado para *madame*?

—No, no... Sólo quería saber si ella estaba en casa. Si pregunta por mí, dile que he ido a un asunto urgente y que espero regresar no muy tarde.

—Muy bien, *monsieur*.

Segundos más tarde, Germain Rochelle bajaba las escalinatas de la suntuosa casa, en la que había conseguido vivir merced a su apostura y belleza física.

Rene volvió a su puesto y el «Volvo» emprendió la bajada hacia la salida de la villa. Poco después rodaba por la nacional 823, que en Le Mans, se transforma luego en rue de Voltaire.

Cuando faltaban solamente cinco minutos para la media hora que había calculado en llegar, Germain Rochelle avistaba el complejo de su propiedad.

Habían escasas luces en el complejo industrial a aquella hora, pero aun así, Rene, que sabía ya muy bien cómo debía hacer las cosas, dio un rodeo para llegar por la parte de atrás, por un gran patio donde se amontonaban los envases, carretillas, vehículos... Junto a un portón de madera abierto, había una silueta que

Germain Rochelle identificó en el acto. Pocos segundos después, Rene detenía el «Volvo», y el hombre que esperaba junto al portón se apresuró a abrir la puerta de atrás del coche.

—¿Quién hay abajo? —inquirió, saliendo, Rochelle.

—Están bien vigilados, señor. No debe preocuparse por ellos. Por otra parte, sus posibilidades de fuga son completamente nulas.

—Está bien. Vamos a verlo.

Atravesaron una nave también con envases, algunos de ellos con etiqueta indicando el contenido: abonos, sales potásicas, y el rótulo, de la industria. Un ascensor los llevó al sótano, y de allí, por un pasillo, fueron a parar a un lugar realmente insospechado.

Un lugar que era difícil de relacionar con la industria de sales potásicas de abono, fertilizantes y, otros productos de la industria. Era una gruta de roca viva, que estaba en un subsótano muy bien camuflado, muy amplio, en el que también había envases más grandes que los que se habían visto hasta entonces, pero con la misma forma y el mismo rótulo de la empresa. En un rincón había una puerta que había requerido un trabajo muy preciso para ser encuadrada con exactitud, sin un solo resquicio en la roca.

Pero las personas que por el momento interesaban a Germain Rochelle estaban allí, a la vista, y aquella puerta permanecía cerrada. En el centro del subsótano rocoso, colgando de unas cadenas, con las manos ya desolladas por las argollas que las ceñían, y con la escasa ropa que le quedaba encima hecha jirones sangrientos, había un hombre. Un hombre rubio, joven, fuerte, pero al que le brotaba sangre por la boca y por la nariz, y que colgaba como un pingajo, sin más vida ya que los latidos de un fuerte corazón que se resiste a dejar de funcionar.

—Se está muriendo, *monsieur* —murmuró Gilíes.

Rochelle miró al otro hombre, de características físicas parecidas; otro hombre también destrozado a golpes. Se veía en su mejilla izquierda un horrendo boquete, por el que resultaba visible la alineación de los dientes, en una mueca horripilante. Este hombre estaba acurrucado en el suelo, en un frío rincón, sacudido por fríos y violentos estremecimientos de cuando en cuando.

Todavía habían dos personas más allí, pero éstas en perfectas condiciones físicas. Una de estas personas era un hombre que no merecía mayores descripciones. La otra persona era una mujer que

constituía por sí sola todo un espectáculo, con aquella minifalda negra, botas del mismo color que le cubrían más arriba de la rodilla, y también una hermosa mata de negros cabellos que hacía juego asimismo con sus ojos negros. Una hermosa mujer de exquisitas formas y tez un poco pálida, que llevaba una indumentaria que resultaba incluso exótica. Junto a ella, el hombre llamado Tryosse resultaba en verdad insignificante.

Pero el interés de Germain Rochelle estaba centrado en los dos prisioneros que tan brutalmente habían sido y estaban siendo maltratados. Se dirigió hacia el que estaba tirado en un rincón y que realmente tenía todas las características de haber estado soportando las más crueles torturas.

—Sabemos que pertenecen a la CIA —dijo Germain sin preámbulo alguno—. Y queremos saber cómo han llegado hasta aquí, hasta nosotros. Se explicarían algunas cosas si hubiésemos dado tiempo a la mujer que seguramente fue identificada en Estados Unidos como Sara Benton a hablar con la CIA. Pero tenemos la seguridad o cuando menos una gran confianza de que no lo consiguió. Sin embargo, a los pocos días les hemos atrapado a ustedes, que son agentes de la CIA, rondando por donde, para mi tranquilidad, no debían aparecer de ninguna manera. ¿Qué hacían aquí? ¿Cómo llegaron y siguiendo qué pista?

El hombre caído en el suelo ni siquiera contestó. Es más, pareció que ni siquiera había oído a Germain Rochelle, que tras contemplarle unos segundos con el ceño fruncido, volvió la cabeza hacia Gilíes.

—¿Sabes sus nombres?

—Ni siquiera eso, *monsieur*.

—Puede que pertenezcan a otro servicio secreto, pero pronto vamos a saberlo. Prepáralo todo para ponerlos en la última prueba, Gilíes. Ya veremos si resisten eso.

—En seguida, *monsieur*.

Gilíes se dirigió hacia la puerta encajada tan exactamente en la cavidad rocosa, y sacó una llave con la que abrió. Al otro lado, la estancia que podía verse era diminuta, alrededor de unos diez metros cuadrados. No obstante, a un lado había un panel con cables y conexiones, y en el centro, un aparato cubierto con una funda que Gilíes retiró, dejando ver un artefacto cuya característica más

sobresaliente era aquel tubo largo, fino, móvil, muy brillante.

Germain Rochelle miró al hombre torturado que permanecía en el rincón. Había vuelto un poco la cabeza para mirar hacia aquella estancia y el artefacto, pero sus ojos no se animaron ni expresaron nada que no fuese una indiferencia total hacia lo que pudiese ocurrir. O quizá expresaban ya el vacío de una muerte que parecía inminente.

—Ya veremos si tan sólo con el susto hacemos que este hombre recupere el habla —susurró Rochelle—. Vamos, Gilíes, no pierdas más tiempo.

Lo primero que hizo Gilíes fue manipular con una especie de rueda que había en un lateral, y el hombre colgado del techo fue descendiendo hasta que sus pies tocaron el suelo, quedando con las puntas dobladas, pues el hombre no tenía ni siquiera fuerza para aguantar el equilibrio.

Gilíes tocó luego unas clavijas que hicieron aparecer una luz violácea en aquella estancia, y luego otros mandos que movilizaron el tubo de aquel aparato, que quedó finalmente apuntando hacia el techo, justo encima del hombre que pendía de aquél sujeto por las cadenas. De pronto, brotó una vivísima luz del aparato que apuntaba al techo. Una línea de luz continua que parecía hundirse en la roca. Y ante la mirada de todos, el potente rayo láser comenzó a convertir aquella roca del techo en una especie de magma de lava ardiente, que comenzó a desprenderse, primero a pedazos y finalmente en un chorro fluido y continuo, a medida que la potencia del láser la iba licuando con más facilidad.

Era estremecedor, alucinante, ver caer la roca convertida en líquido sobre aquel hombre, que recibió la densa y ardiente lluvia sobre la cabeza y los ojos. Su espasmo del principio no fue más que la dolorosa agonía brevísima, por fortuna para él. La lava seguía cayendo sobre el cadáver del hombre encadenado, y poco a poco iba formando una base alrededor de él que iba aumentando de tamaño y recubriendo todo el cuerpo.

Finalmente, el hombre convertido en relleno de roca viva, quedó prácticamente cubierto por ésta.

Germain Rochelle hizo una seña a Gilíes, que detuvo el lanzamiento del rayo láser y se acercó al hombre que estaba en el rincón y cuyos ojos desorbitados por el espanto, habían presenciado

la desaparición de su compañero entre aquella espesa lluvia de roca líquida ardiendo, y que se estaba solidificando con gran rapidez.

Es decir, que su compañero había quedado convertido en un pequeño monolito o menhir.

—Bien —dijo Rochelle—. Ya ha visto usted lo que le ha ocurrido a su compañero. Por mi parte no tengo inconveniente en hacer lo mismo con usted. ¿Va a hablar o no?

El segundo prisionero, que se estremecía ahora todavía más violentamente que antes, ni siquiera, lo, miró. Permanecía con la mirada hieráticamente fija en su compañero, en aquel montón de roca donde había quedado encerrado, o mejor todavía, enterrado directamente.

—Estoy seguro de que me ha oído-insistió Rochelle. —¿Cuál es su respuesta?

El hombre no despegó los labios. Ahora sólo veía a su compañero una mano engarriada, morada, agarrotada, que pronto quedaría también recubierta, puesto que la lava, hasta que se enfriase completamente, todavía continuaba deslizándose, cada vez con más lentitud.

Gilíes había ya salido de la cámara, del rayo láser y cerrado la puerta: Se acercó al prisionero y le aplicó un feroz puntapié en un costado.

—¡Responda! —exigió furioso.

Pero todo lo que había conseguido con aquel puntapié contra el debilitado supuesto agente de la CIA, fue que este hombre perdiese el conocimiento.

—¿Qué hacemos ahora, *monsieur*? —Miró Gilíes a Rochelle.

—De momento no vamos a hacer nada; mantenedlo como está para que cuando despierte vea que su compañero sigue ahí, convertido en una piedra. Quiero que sea lo primero que vea cuando se recupere.

—Así lo haremos, *monsieur* —respondió Gilíes.

La bella y exótica mujer, que había permanecido silenciosa hasta entonces, indiferente al horrible espectáculo, dijo:

—Si intentamos hacer lo mismo con éste, morirá en cuanto la roca derretida empieza a caer sobre él. Y él lo sabe perfectamente, como sabe que sería una muerte dolorosa, pero muy rápida. Pienso que quizá es eso lo que está deseando. Por nuestra parte, lamento

admitir que hemos agotado todos los recursos para hacerle hablar.

—Yo tengo el convencimiento de que son de la CIA —dijo Tryosse—. Lo que significa que aunque los matemos a ellos dos, el asunto no habrá terminado, ni mucho menos. Vendrán más hombres de la CIA.

Rochelle le dirigió una fría mirada.

—¿Tienes miedo? Supongo que efectivamente son de la CIA. ¿Y qué? ¿Qué han conseguido con su incursión en mis dominios? Sólo ser atrapados y morir. Ésa es la suerte que aguarda a quien quiera que trate de interferir en mis asuntos.

Hubo un breve silencio, que posiblemente se hubiera prolongado más si Lucienne Scize no lo hubiese roto para señalar al prisionero y murmurar:

—Se está recuperando. ¿Lo encadenamos y empezamos con él el mismo tratamiento que con el otro? —inquirió.

—No.

—De todos modos va a morir: —deslizó Tryosse.

—No importa. Mientras esté vivo prefiero conservarlo así. Vamos a dejar que este hombre medite sobre lo que ha visto y sobre lo que le espera si no accede a nuestros interrogatorios. Es muy posible que incluso se vuelva loco de miedo. Las torturas físicas son horribles, pero a veces resultan todavía más horribles las torturas mentales, y no va a dejar de ser una gran tortura mental para ese hombre saber lo que le espera. Vamos, a intentarlo de ese modo. Dejémosle por ahora delante de la roca dentro de la cual está su compañero. Y ya veremos si el terror ante la posibilidad de que a él le ocurra lo mismo le hace hablar o no.

Lucienne Scize, la bella mujer de negro, fue la única que se atrevió a mostrarse en un cierto desacuerdo con el jefe de la organización.

—Yo creo que no conseguiremos, que hable de ninguna manera.

—Eso ya lo veremos —gruñó Rochelle—. Por mi parte, pienso esperar como máximo hasta mañana por la noche. Si para entonces no ha hablado nos desharemos de él y del otro, y comenzaremos a ejercer, una estrecha vigilancia en nuestros asuntos y en mis dominios. No quiero arriesgarme a ninguna sorpresa desagradable.

CAPÍTULO III

Había sido una agradable sorpresa la que tuvieron aquella noche las personas que atestaban la sede del Automobile Club de Le Mans.

Una sorpresa agradable y expectación en todas sus dependencias, talleres, garajes... Había mucha gente, la mayor parte deportistas y también periodistas que habían captado el rumor de la llegada a Le Mans del conocido *play-boy* y corredor automovilista Rufus Carmichael.

La primera noticia de la llegada de Carmichael había sido la aparición del «Jaguar» de color rojo que llegó poco menos que volando y que había frenado ante la administración de los talleres. Tras unos segundos de desconcierto, y antes de que nadie se apease del «Jaguar», se había oído una voz:

—¡Ése es Carmichael! ¡Yo he visto este coche antes de ahora! ¡Seguro que es el suyo!

La noticia de la llegada de Rufus Carmichael se había extendido como reguero de pólvora.

—Gracias por el recibimiento a todos. Pero esta noche estoy cansadísimo y les ruego a todos que cuando menos me concedan media hora para descansar. Dentro de media hora llegará una auténtica sorpresa que les tengo reservada a todos ustedes.

—Dudamos mucho que nos sorprenda, Carmichael-gritó alegremente uno de los periodistas. —Hemos oído por ahí que tiene intención de participar en alguna prueba automovilística y que trae con usted un monoplaza de fórmula «Renault 13»... ¿En cuál de las pruebas piensa participar?

—Me parece que están cometiendo un error, señores —consiguió decir finalmente Rufus Carmichael—. Es cierto que estoy esperando un auto muy interesante y que me gustaría que fuese el vencedor de determinada prueba. Pero quiero advertirles a ustedes que esta vez vengo acompañado de un hombre que posiblemente ocupe mi sitio

ante el volante si no me encuentro en mejores condiciones físicas que últimamente. Lo que quiere decir que quizá no tengan ustedes el placer de verme correr este año en Le Mans.

Hubo unas risas y más bromas.

—¡Si no fuese usted a correr no hubiera venido a Le Mans, Carmichael! ¡Le conocemos muy bien!

—Pues debe ser verdad. Incluso deben conocerme mejor que yo. Y ahora, amigos, por favor, permítanme que me ocupe de unos pequeños asuntos antes de retirarme a descansar. Mientras tanto, ustedes pueden esperar a que llegue mi bólido, que estará ya muy cerca de aquí, en un capitonné que llega procedente de París.

Consiguiendo finalmente zafarse de la muralla que le rodeaba, Rufus Carmichael se dirigió hacia la entrada de la administración. En ésta encontró a un hombre y una mujer que se volvieron vivamente al oírle entrar.

El hombre era calvo, grueso, fuerte. Ella, delicada, elegante, con una sonrisita más bien irónica, grandes ojos de color violeta y unos cabellos negros y desusadamente cortos. Los dos se quedaron mirándole, sólo un instante. En seguida la sonrisa de la muchacha se amplió, y el hombre que estaba conversando con ella se apresuró a acudir al encuentro del conocidísimo *play-boy* deportista.

—¡Señor Carmichael! Encantado de tenerle de nuevo entre nosotros... ¿Cómo le va la vida?

—Pues no muy bien, francamente, señor Le Marthel. Me encuentro últimamente en baja forma.

—¡Caramba, caramba, caramba! —sonrió con simpática desconfianza *monsieur* Le Marthel.

—¿Qué me dice usted? ¡Nada menos que Rufus Carmichael en baja forma!

—Bueno... Espero reponerme pronto, pero en estos momentos le aseguro a usted que no sería capaz de probar ni siquiera la velocidad de un «Fiat 500».

Monsieur Le Marthel rió francamente divertido y se volvió hacia la muchacha de los, cabellos cortos y los bellísimos ojos de color violeta, que seguían destellando con una chispa de ironía, siempre fijos en Rufus Carmichael, el cual, por su parte, tras contemplar los ojos, había descendido un poco más hacia las bellísimas y rotundas piernas de la muchacha, que las mostraba en buena parte con

absoluta naturalidad.

—Voy a permitirme presentarle a la señorita Monerot —dijo Le Marthel—. Veronique Monerot. Una de nuestras mejores y más distinguidas deportistas. En cuanto a él, señorita Monerot...

—Oh, vamos, señor Le Marthel —dijo la muchacha con tono malicioso—. ¿Quién no conoce al gran campeón Rufus Carmichael? ¡Además, acaba usted de gritar su nombre!

Mientras decía esto, Veronique Monerot tendió la mano a Rufus, que la tomó, se inclinó sobre ella y la besó. No un beso elegante, aristocrático, apenas insinuado, sino un auténtico beso que resonó sonoramente en el despacho de la administración, originando una risa mal contenida en *monsieur* Le Marthel.

—Es usted muy amable, Veronique —dijo Carmichael—. ¿Está segura de que me conoce?

—Por supuesto.

—Caramba, pues debo haber perdido completamente la memoria, ya que si yo la hubiese conocido a usted antes de ahora, jamás la habría olvidado.

—Oh, bueno —aclaró la muchacha—. Lo que quiero decir es que lo conozco a usted por fotografías, no personalmente, señor Carmichael.

—¿Y qué le parece, soy más guapo al natural o en las fotografías?

—Indiscutiblemente, al natural —rió Veronique.

—Celebro que tenga usted tan buen gusto —elogió Rufus—. En cuanto al mío, también es buenísimo.

—No comprendo —alzó las cejas Veronique.

—Quiero decir que yo también tengo muy buen gusto, puesto que me gusta usted.

—Muy amable —rió la muchacha—. Bien, no tenemos ya mucha cosa más que hablar el señor Le Marthel y yo, así que voy a dejarles a ustedes solos.

—Bueno —movió la cabeza Rufus—. La verdad es que yo sólo he venido aquí a preguntarle al señor Le Marthel si está preparado el hangar para mi coche.

—Por supuesto que lo está —asintió Le Marthel.

—En ese caso me parece que el señor Le Marthel y yo no tenemos nada más que hablar por esta noche. En cambio, quizá sí

tengamos que hablar usted y yo, señorita Monerot.

—Pues no se me ocurre de qué podemos hablar —dijo con hipócrita ingenuidad la muchacha—. Aunque quizá sería interesante para mi conocer las características de su maravilloso bólido con el que sin duda alguna espera usted ganar cualquier prueba en la que participe.

—Bueno, yo estoy acostumbrado a ganar, pero también soy un buen perdedor. ¿Quiere usted saber cosas de mi bólido? Pues se las voy a decir con mucho gusto. Es un «Renault 12 Gordino» de 1565 cc, reglamentario para las pruebas «Renault 13».

—¡Oh! Me decepciona mucho, señor Carmichael. ¡Pensé que vendría usted con algo realmente nuevo e interesante!

—Bien... Quizá cuando vea usted el diseño de mi nuevo bólido, comprenderá que cuando Rufus Carmichael hace las cosas sabe hacerlas bien. En cuanto al motor y cilindrada de mi bólido, no se puede decir que yo haya descubierto precisamente el mundo, pero ya veremos qué opina cuando vea usted su diseño, su forma aerodinámica.

—Estaba seguro de que usted aportaría algo nuevo —dijo con entusiasmo Le Marthel.

—Puede estar usted seguro, *monsieur*. Con mi cacharro, prácticamente se puede volar.

—¿Volar? —Alzó las cejas Veronique—. Me parece que está usted exagerando, señor Carmichael. Y se me está ocurriendo una idea que me parece no será de su agrado.

—¿Por qué no? ¿Cuál es esa idea?

—Le desafío a una carrera.

—¿Una carrera? ¿Quiere usted decir una carrera privada, señorita Monerot?

—Exactamente. Yo tengo disponible un «Simca Aronde» deportivo. Podríamos quedar citados para mañana.

—Pero... Francamente, no me parece correcto ni prudente realizar una competición privada y con sólo dos personas.

—No está obligado a aceptar —sonrió de nuevo irónicamente la muchacha.

—Quiero recordarle que el circuito no está todavía autorizado.

—Eso es cierto. Pero lo más que puede ocurrirnos es que nos

impongan una multa de tráfico por establecer competición o circular a velocidad prohibida. ¿Le asusta eso a usted, señor Carmichael?

—No, en absoluto.

—Entonces, ¿qué es lo que le asusta? Porque no creo que le asuste una mujer, ¿verdad?

Rufus volvió a echar un descarado vistazo a las piernas de la muchacha, luego volvió a mirar los ojos que parecían siempre destellar con chispitas de ironía, y murmuró:

—¿Por qué quiere usted establecer esa competición entre nosotros, señorita Monerot?

—Porque estoy un poco harta de oír hablar de usted y de hombres como usted, que parecen poco menos que dioses del volante. Yo creo que una mujer puede hacerlo tan bien o mejor que ustedes.

—Usted sabe que hay muchas mujeres que corren, y nadie ha dicho que lo hagan mal, así que no veo su interés en esa demostración.

—Mi interés consiste en saber si es usted realmente un gigante de las pruebas automovilísticas, como se viene diciendo, o es simplemente un enano que está engañando a todo el mundo. Es algo que me gustaría comprobar personalmente, señor Carmichael.

Le Marthel consideró que la situación se estaba poniendo un poco tensa y se apresuró a intervenir.

—Si quiere venir, Carmichael, le mostraré el hangar que he destinado para su bólido. Supongo que con él llegarán su equipo de mecánicos, cuidadores...

—A sí es, Le Marthel. Y un compañero que quizá corra en mi lugar si llegado el momento no estoy en las condiciones físicas adecuadas.

—Sería en verdad lamentable. Bien: ¿le parece que vayamos a ver si todo está a punto para recibir su bólido?

—¿Por qué no se adelanta usted? —sugirió inexpresivamente Rufus Carmichael.

Le Marthel iba a protestar, pero se quedó con la boca abierta mirando a Carmichael y luego a la muchacha, que seguía con aquellas chispitas de ironía, mirando ahora al atribulado jefe de la administración de Le Mans en cuanto a su aspecto automovilístico.

Apenas se hubo cerrado la puerta, cuando Rufus se quedó mirando a Veronique, entornando los ojos, ladeada la cabeza y con las manos en la cintura.

—Conque un enano, ¿eh? —masculló.

—No he dicho que lo sea. Sólo he dicho que me gustaría saber si es un gigante o un enano.

—Póngase en pie, señorita Monerot, por favor.

Veronique obedeció. Quedó delante de Rufus, y en evidente desventaja, puesto que su estatura, con ser elevada, no era ni con mucho la suficiente para pensar tan siquiera en competir en este aspecto Con el pelirrojo norteamericano.

—De momento me parece que es usted más enanita que yo —dijo Rufus—. Pero vamos a dejar esa cuestión para otro momento. Usted está desafiándome a una absurda competición sólo para saber si yo soy un enano o un gigante. Lo que evidencia que usted va a ganar algo, aunque sólo sea una información personal. Muy bien, ¿qué es lo que gano yo con todo esto?

—¿Dinero? —se sorprendió la muchacha. Está bien, cite usted mismo la cantidad, señor Carmichael.

—Tengo ya mucho dinero —refunfuñó el deportista—. Lo que no tengo es información sobre usted. Por ejemplo: me gustaría saber cómo besa usted, señorita Monerot.

—Oh, bien... En este caso podríamos apostar que si es usted quien vence, podrá besarme a su entera satisfacción.

—¿Y cómo sé yo que vale la pena luchar por un beso de usted? Hay besos y besos, señorita Monerot... Unos valen tanto que cualquier hombre se jugaría el pescuezo por ellos, y otros quizá no valgan ni el esfuerzo de encender un cigarrillo.

—Me gustaría ver su coche esta misma noche. ¿Es eso posible, señor Carmichael?

—Desde luego que sí. Dentro de unos minutos, cuando llegue, tendré mucho placer en mostrárselo a usted y en contestar a todas las preguntas que se le ocurran. Pero estábamos, hablando de otra cosa, al parecer.

—Sí —murmuró Veronique—. Estábamos hablando de la posible calidad de mis besos. Es decir, estábamos hablando de que posiblemente mis besos no valgan la pena. ¿No es así?

—Usted sabe que en cada carrera, aunque parezca inofensiva,

nosotros los pilotos, nos jugamos la vida. Y francamente, jugarme la vida por un beso que quizá una vez obtenido solamente me sepa a tierra, no me hace ninguna gracia.

—Tiene usted razón —asintió Veronique.

Se acercó a Rufus, se colgó de su cuello, apretando sus henchidos senos contra el fuertemente musculado tórax masculino, y alzó la mirada hacia los verdosos ojos de felino del *play-boy*, deportista. Por su parte, Rufus Carmichael tuvo la impresión de que ante él se abrían dos enormes ventanas de color violeta, que mostraban todo un bello interior femenino. Un interior como no creía haber visto ningún otro jamás.

Era unos ojos tan grandes, tan limpios, tan hermosos, que Rufus Carmichael lamentó dejar de verlos incluso cuando ella, tras bajar los párpados, hundió sus labios tiernos y llenos en los de él.

—¿Y bien, señor Carmichael? ¿Cree que vale la pena hacer una insignificante carrerita de coches por un beso de mis labios?

CAPÍTULO IV

La improvisada carrera clandestina estaba a punto de comenzar.

Contra toda suposición por parte de Rufus Carmichael, la señorita Monerot no había utilizado aquella insólita circunstancia para hacer propaganda de sí misma y hacerse notar graciosamente en los círculos adinerados en los que sin duda debía divertirse mucho. En cuanto a *monsieur* Le Marthel, que no había llegado a conocer el acuerdo establecido definitivamente entre ambos, había preferido incluso no mencionar el desafío de la muchacha, a fin de evitar complicaciones en su trabajo.

Así pues, de modo sorprendentemente discreto, todo se había dispuesto para dar lugar a la privadísima competición. Los contendientes se habían saludado y cada uno estaba ya en su bólido.

Antes de que nadie pudiese curiosear sobre lo que realmente se estaba tramando allí, fue hecha la señal, y Rufus Carmichael, tras un gesto a la muchacha, puso en marcha su bólido.

Allá fueron, en un arranque espectacular y brillante. Todos comprendieron inmediatamente que el «Simca Aronde» de Veronique no podría competir con el bólido de Carmichael. Sin embargo, éste, paulatinamente fue quitando gas para permitir que la muchacha se adelantara un poco. La diversión era siempre mayor cuanto más difícil había parecido la victoria.

Cachazudamente, Rufus Carmichael fue dejando que la muchacha le fuera tomando más y más ventaja, hasta que finalmente la perdió de vista.

«Por el camino voy, voy, voy en busca de felicidad por el camino voy, voy...».

De pronto, sobresaltando a Rufus, una vibración se produjo bajo su mono de tono plateado. La vibración se repitió en seguida, y luego otra, y otra, y otra, y otra...

—¡Maldita sea mi estampa! —farfulló Carmichael.

Por fortuna, estaban en la carretera, fuera de la zona urbana, y se apresuró a sacar el coche de aquélla, buscando un lugar adecuado para contestar a la llamada de la pequeña radio que siempre llevaba consigo y que seguía emitiendo sus zumbidos vibradores.

La sacó de debajo del «mono» y apretó el pequeño botón de admisión de contacto.

—¿Qué ocurre? —masculló.

—Carmichael, soy París A. Me he enterado de su llegada, y supongo que está usted esperando este contacto.

—Esperaba el contacto, pero francamente, no tan pronto. Y debo advertirle que me pilla usted en unas circunstancias verdaderamente especiales, mientras desempeño como es habitual, mi papel de *play-boy* deportista.

—¿Quiere decir con esto que no puede atenderme ahora? —inquirió verdaderamente sorprendido París A.

—De ninguna manera —farfulló Carmichael—. Claro está que puedo y debo atenderle inmediatamente. Yo también tengo gran interés por este contacto y ponerme cuanto antes en antecedentes de todo cuanto ustedes hayan averiguado.

—De acuerdo. Hemos perdido a dos hombres. Su paradero, si es que viven, lo que me parece muy dudoso a los nueve días de su partida de París sin haber informado más que en una ocasión, es desconocido. De todos modos, mis sospechas al respecto son bastante firmes, casi diría yo que constituyen una seguridad. Digamos que en principio, nuestro hombre es un tal Germain Rochelle. Los dos agentes de la CIA que iniciaron la misión, Ron Mitchell y Paul Cameron, estudiaron las fotografías recibidas oportunamente de Washington. Más concretamente de nuestra central en Langley, se entiende. Estuvieron en la zona de Le Mans, tomaron a su vez fotografías y regresaron a París. Tras el estudio de las fotografías tomadas por ellos y de las que habíamos recibido, dijeron que iban a lanzarse a fondo. Y para ello hicieron un extraño pedido.

—¿Qué clase de pedido?

—Bueno... Era tan extraño que tuvimos que solicitarlo expresamente a Washington. Consistió en un cargamento de ciertas

bacterias...

—Ah, sí, me enteré de eso. Pidieron bacterias litófagas, o sea comedoras de piedra, destructoras de roca. Y me consta que se les envió ese cargamento. ¿Les resultó de utilidad?

—Lo ignoro. Con ese cargamento partieron de nuevo hacia Le Mans, y sé que estuvieron en Route de Prémartin, donde Germain Rochelle tiene una industria de sales potásicas, de abonos y fertilizantes que exporta a distintos puntos del mundo. Ahí, por el contorno de la industria, es por donde aparecen los distintos monolitos de las fotografías que fueron halladas en poder de la mujer que asesinaron en Estados Unidos. Nuestros agentes, según entiendo, depositaron las bacterias en algunos de esos monolitos, pero desconocemos los posibles resultados. También localizaron la villa privada de Germain Rochelle, en la zona residencial de Baignade, al norte de Le Mans.

—¿Cuáles fueron las últimas noticias recibidas de Mitchell y Cameron? —inquirió Rufus.

—Pues éstas: que habían depositado las bacterias, y que se disponían a estrechar el cerco sobre Germain Rochelle, para intentar descubrir qué estaban tramando. Después ya no han habido más comunicaciones. En cuanto a la falsa Sara Benton ignoramos por el momento otros datos, si bien todo induce a creer que trabajaba para Rochelle, y que por motivos ignorados, desertó de la posible organización que éste pueda estar dirigiendo. Evidentemente, personas allegadas a Germain Rochelle pudieron seguir y localizar a Sara Benton en Washington, y... En fin, ya sabe usted lo que ocurrió allí.

—Por supuesto que lo sé. ¿Qué más datos tenemos sobre Germain Rochelle?

—Hasta el momento, que se sepa, nunca ha, intervenido en actividades de espionaje. Y si lo ha hecho, nos ha pasado por completo desapercibido. Quizá sería conveniente comprobar si su industria de fertilizantes es sólo eso u oculta alguna cosa mucho más importante. Es de suponer que precisamente eso trataron de hacer Mitchell y Cameron... con resultados que francamente empiezo a considerar pesimistas. Si realmente les ha ocurrido algo, no podemos dudar de que nuestro amigo Rochelle es hombre que ni permite que nadie curioseee en sus asuntos, ni se amilana fácilmente.

—Yo diría que eso no es saber mucho de *monsieur* Rochelle —dijo secamente Rufus—. Al parecer, sólo tenemos la casi seguridad de que dos hombres de la CIA, dos compañeros nuestros, han caído en sus manos.

—Lo siento, pero así están las cosas.

—Está bien. Intentaré encontrar una explicación a todo esto que está sucediendo. ¿Qué clase de vida privada lleva Germain Rochelle?

—Oh, en cuanto a eso la cosa está muy clara y no creemos que tenga, grandes significados. Germain Rochelle se casó hace un par de años con una hermosa mujer llamada Elianne Monerot.

—¿Monerot? —exclamó respingando Rufus Carmichael.

—Sí, sí, Elianne Monerot. Era una viuda todavía joven, muy hermosa, que había heredado de su difunto esposo esa industria de abonos y fertilizantes. Germain Rochelle, que es un hombre muy apuesto, muy agradable, de gran mundo, supo conquistar con relativa facilidad a la viuda y se casaron. A partir de entonces, como es lógico, Germain Rochelle dirige los negocios, de su esposa y se dedican a vivir dentro de un ambiente de lujo, pues muy agradable, como es de suponer.

—¿Usted sabe si esa dama..., Elianne Monerot..., tiene alguna hermana?

—¿Hermana? No, no. Elianne Monerot tiene una hija, una bella muchacha llamada Veronique, que lleva una vida verdaderamente placentera, aunque se la complica bastante con actividades diversas como son el deporte, la beneficencia, unos proyectos sobre cierto hospital que quiere hacer construir... Cosas así. Cosas en definitiva, de muchacha rica y mimada..., pero que al parecer no carece de unos considerables sentimientos humanos.

—Usted está hablando, claro —susurró de nuevo Rufus— de una muchacha que suele llevar el cabello cortó y que tiene unos ojos de color violeta grandes como ventanas.

—Sí, en efecto, de ésa estoy hablando. ¿Acaso la conoce usted, Carmichael?

—Un poco-masculló el *play-boy* agente de la CIA. —Seguiremos en contacto oportunamente, París A. Gracias por todo y hasta otra.

Rufus Carmichael cortó la comunicación, guardó la radio, cerró con seco gesto el «mono» y quedó pensativo. Luego se apeó del

bólido y alzó el capó para echar un vistazo al motor, que por supuesto no tenía absolutamente nada. Sin embargo, cuando Veronique Monerot pasó por allí tras cumplir su primera vuelta, Rufus Carmichael continuaba inclinado sobre el motor, contemplándolo con gesto adusto. Al ver llegar el coche de la muchacha le hizo señas agitando los brazos, y segundos después Veronique detenía su «Simca Aronde» detrás del bólido de Carmichael.

La muchacha saltó inmediatamente de su vehículo y se acercó al *play-boy*, contemplando con sonrisa irónica su gesto atribulado. Se quitó el casco al llegar junto a él y lo miró con gesto interrogante.

—¿Qué pasa? —preguntó con tono divertido.

—¿Que qué pasa? Si no fuese porque conozco perfectamente a los hombres que componen mi equipo, hasta podría pensar que usted los ha sobornado para conseguir esto, señorita Monerot.

—Bueno, bueno. Vamos a tomarnos las cosas con calma. Simplemente, su superbólido ha tenido una avería, ¿no es así?

—Así es. ¡Maldita sea, si pudiese lo destrozaba a patadas!

—Es sólo una máquina —recordó la muchacha—. Ya me sorprendió bastante observar que apenas salir comenzaba a adelantarle. La verdad es que tenía muchas dudas en conseguir ganar esa carrera.

—Y no la ha ganado —recordó hoscamente Carmichael—. Podría considerarlo así si hubiese sido una competición oficial, ya que entonces, claro está, el vehículo que queda averiado queda fuera de liza. Pero en nuestro caso concreto, nuestra cuestión debía resolverse sobre una realidad, no sobre una avería.

—Está bien, está bien —apaciguó la muchacha, casi riendo—. Creo que podemos perfectamente aplazar esta pequeña competición privada para otro momento más adecuado.

—Se lo agradezco —continuó Carmichael refunfuñando—. Bueno, vamos a ver qué hacemos ahora.

—Pues es muy simple. Voy a dar media vuelta, iré en busca de sus mecánicos, y todo se resolverá sin mayores contratiempos.

—Es muy amable por su parte. ¿Regresará usted con ellos?

—Pues no. La verdad es que tengo que volver ya a casa para arreglarme. Suelo frecuentar mucho el Automobile Club y precisamente esta noche hay allí una agradable fiesta que no

quisiera perderme.

—Bueno —sonrió Rufus Carmichael—. Hay la posibilidad de que nos encontremos esta noche en esa fiesta, señorita Monerot... ¿No le parece?

—Llámeme Veronique —susurró ella.

Dio media vuelta, regresó a su coche, lo puso en marcha y partió en busca de los hombres del equipo del corredor automovilista, *play-boy* y agente de la CIA Rufus Carmichael.

Rufus estuvo mirando el «Simca Aronde» hasta perderlo de vista. Luego se sentó en el capó del bólido, encendió un cigarrillo y se dispuso a esperar. No tuvo que hacerlo durante mucho tiempo. Apareció el «Jaguar» del cual saltó su compañero Charlie apenas se hubo detenido detrás del bólido, y por detrás del «Jaguar» la gran furgoneta que conducían dos de los mecánicos del equipo.

—¿Qué ha pasado? —exclamó Charlie.

Rufus lo tomó de un brazo y lo llevó de regreso hacia el «Jaguar». Al cruzarse con los dos mecánicos que le miraban con gesto expectante, preocupados, el *play-boy* sonrió y señaló el bólido.

—No pasa absolutamente nada. Es sólo un pitorreo personal que me traigo con la señorita Monerot —dijo casi riendo—. Pero si alguien os pregunta sobre lo ocurrido, explicarle cualquier pequeña avería que se os ocurra.

—De acuerdo —suspiró uno de los mecánicos—. ¡Demonios, creí que realmente había pasado algo importante!

—Nada que os concierna. No os preocupéis. Vamos, Charlie, tienes que llevarme al hotel. Quisiera prepararme para estar guapo y elegante esta noche.

Se acomodaron los dos en el «Jaguar». Charlie lo puso en marcha, lo orientó de nuevo hacia Le Mans, y ya rodando hacia la ciudad, miró un instante a su compañero de la CIA.

—¿Qué es lo que va a pasar esta noche?

—No lo sé bien, pero puede que salga alguna cosa interesante de una cita tácita que he hecho con Veronique Monerot.

Después de una pausa, dijo:

—Adivina de quién es hija... O mejor dicho, hijastra, Veronique Monerot.

—Pues no tengo ni la menor idea —encogió los hombros

Charlie.

—De un tal Germain Rochelle, casado con la viuda Elianne Monerot, o sea, la madre de Veronique Monerot.

Charlie dirigió una desconcertada mirada a su compañero.

—¿Y qué quieres decirme con todo eso?

—Como entrada —cambió de pronto el tono de voz de Rufus Carmichael, tornándose seco y duro— te diré que dos de nuestros compañeros destinados en Europa, Ron Mitchell y Paul Cameron, han desaparecido mientras investigaban muy de cerca a Germain Rochelle. La impresión de París A, que me ha llamado muy oportunamente por cierto, cuando estaba en plena carrera, es que los han matado... Esperemos, por el bien de *monsieur* Rochelle y familia, que París A se haya equivocado y que encontremos vivos a nuestros compañeros. De lo contrario...

—Entiendo —musitó Charlie—. Piensas conseguir algo por medio de la muchacha, ¿no es así?

—Por algún lado hay que comenzar —replicó duramente Rufus Carmichael.

El «Simca Aronde» conducido por Veronique, rodaba sin prisas en dirección a la zona residencial de Bagnade, donde tenían su hermosa quinta los Rochelle. Continuamente, Veronique miraba a Rufus Carmichael, que sentado a su lado le iba devolviendo las miradas con una sonrisa simpática y afectuosa.

—Me gustaría saber Qué es lo que estás pensando, Rufus.

—Estaba pensando en las horas agradables que hemos pasado juntos, naturalmente.

—Me gustaría estar segura de que es así.

—¿Por qué no? Hemos estado juntos, muy juntos, y creo que lo hemos pasado, muy bien. Nos hemos besado en la terraza del club, hemos hablado muy poco porque realmente poco había que decir, y en definitiva para mí, esas horas en el Automobile Club en tu compañía, han sido muy agradables.

Veronique Monerot asintió con un gesto y fijó la mirada en la oscuridad, en la dirección del coche que conducía más que con mucho cuidado, sin prisas. No tenía ninguna prisa en absoluto en llegar a su residencia, pues en ese momento dejaría de estar a solas con aquel hombre que pese a su resistencia inicial, la había

impresionado tan profundamente.

Era cierto.

Habían bailado muy juntos en el Automobile Club, y se habían besado luego en la terraza, oliendo a flores.

—Y ahora soy yo —dijo de pronto Rufus— quién daría cualquier cosa por saber lo que estás pensando tú.

—Estaba pensando —murmuró ella— que temo mucho haberme enamorado de ti.

—¿Lo temes? —se sorprendió Rufus—. Eso significa que te parece una cosa mala.

—No lo sé... Tengo la esperanza de que no lo sea. De un modo u otro, sé que si me pidieses ahora mismo que me entregase a ti, lo haría sin vacilar. Y tú has tenido que darte cuenta de eso. ¿Verdad, Rufus?

—No. La verdad es que nunca he sabido muy bien lo que oculta una mujer en su cabecita.

—En esta ocasión no es la cabeza la que interviene, Rufus, sino el corazón.

El agente de la CIA que deambulaba por el mundo con el marchamo de *play-boy* y gran corredor automovilístico, volvió la cabeza para mirar abierta y detenidamente a la muchacha que viajaba junto a él.

—Supongo que no estás queriendo tomarme el pelo —intentó sonreír.

—Sí esto es lo que crees —musitó ella—, sólo tienes que ponerme a prueba.

—No es una mala idea —admitió socarronamente Rufus Carmichael.

—Estamos llegando a casa —señaló ella hacia adelante—. Pero si quieres puedo desviarme y marcharnos los dos a cualquier sitio que tú propongamos.

—A decir verdad —sonrió de nuevo el pelirrojo norteamericano— a mí sólo me gusta correr tanto cuando estoy sentado ante el volante de un coche. Las demás cosas, especialmente las que ocupan en estos momentos nuestra conversación, me gusta hacerlas con cierto sosiego.

—Quizá tengas razón —admitió la muchacha—. De todos modos no quisiera preocupar a mi madre si pasaba la noche fuera de casa

sin advertirle.

—Tengo verdaderos deseos de conocer a tu madre —dijo Carmichael—. Y por supuesto, también a tu padre.

—No es mi padre —replicó ella vivamente—. Es mi padrastro... Un hombre bastante insoportable y desagradable, que no sé cómo pudo engañar a mi madre lo suficiente para convertirse en su marido.

—Quizá estés siendo un poco injusta, Veronique... Piensa que tu madre ya debía ser mayorcita cuando decidió aceptar a un hombre para compartir su vida con él. Por otra parte, y de un modo general, los jóvenes casi nunca están capacitados para juzgar las vidas de personas que les doblan la edad.

Veronique le miró sorprendida, parpadeó y luego con un extraño gesto de indiferencia, desvió la mirada hacia adelante, justo cuando llegaban delante de las verjas.

Rufus Carmichael la besó, realmente a fondo, sin preocuparse por la llegada del chófer. Rene, ya que evidentemente, tampoco a Veronique le importaba esa presencia.

Por fin, fue ella quien terminó el beso, con un hondo suspiro. Se apearon del coche, cada uno por un lado, y tomados luego de la mano se acercaron a Rene, que fingía estar atareado con el polvo.

—¿Cómo están hoy las cosas en casa, Rene? —inquirió Veronique.

—Yo diría que como de costumbre, *mademoiselle*.

—Entiendo. —Veronique hizo una mueca—. Hemos visto un auto ahí fuera, delante de la casa. ¿Tenemos visita, acaso?

—Creo que es algo relacionado con los negocios de su padre, *mademoiselle*.

—Ya. ¿Qué estás haciendo en el garaje a estas horas?

—*Monsieur* Rochelle me dijo que para las diez y media en punto tuviera el «Volvo» preparado, y puesto que faltan sólo unos pocos minutos, he venido para obedecer esas órdenes.

—Entendido. Adiós, Rene.

Tomados todavía de la mano, Veronique y. Rufus salieron del garaje. En ese momento vieron aparecer en la terraza principal a Germain Rochelle, acompañado de otro hombre. Éste era un sujeto alto, macizo, de cabeza fuerte con abundantes cabellos grises que brillaban como plata a las luces de la villa. Un hombre de sobrio

aspecto, bien dotado de fortaleza, de gran energía. Al parecer se estaban despidiendo, y el desconocido descendió la breve escalinata y entró en el coche que había llamado la atención de Veronique, y por supuesto, aunque se había guardado muy bien de decir lo, de Rufus Carmichael.

Desde la terraza, Germain Rochelle despidió con un gesto al ocupante del coche que se dirigió hacia la salida de la quinta. Luego, se quedó mirando a la pareja, que se acercaba a la entrada principal de la casa, siempre tomados de la mano.

Germain Rochelle no se movió. Su mirada era por completo inexpresiva cuando la pareja de jóvenes se detuvo ante él.

—No es que me ocupe de fiscalizar tus entradas y salidas, Veronique —dijo con tono de voz absolutamente neutro—, pero juraría que hoy llegas más temprano que de costumbre.

—Sí, lo sé. Quisiera presentarte a...

—Francamente, querida, estoy ocupado. En cuanto a tus amiguetes, tienes tantos que no me interesa ninguno de ellos. Perdonadme los dos.

—¡Caramba, señor Rochelle! —sonrió Rufus Carmichael—. No es usted demasiado simpático, me parece.

—No se lo tome a mal. Supongo que usted, debe ser un personaje bastante importante e interesante para que ella haya decidido traerlo aquí. Pero, de verdad, deben excusarme. Tengo un trabajo urgente que debo atender inmediatamente.

—Si puedo ayudarle en alguna cosa, cuente conmigo *monsieur*. Mi nombre es Rufus Carmichael... Y tengo fama de ser un amigo atento y servicial.

Germain Rochelle lo miró con curiosidad, y terminó por sonreír.

—Estoy seguro de que su fama es justificada, Carmichael. Pero no necesito ayuda de ninguna clase. Adiós.

Sin más explicaciones ni consideraciones, Germain Rochelle se dirigió hacia el garaje donde Rene estaba terminando de preparar el «Volvo»; y Veronique y Rufus que lo estuvieron mirando hasta que desapareció en el interior del garaje, se miraron entonces.

—Espero que esto haya sido suficiente para convencerte de lo desagradable que es mi padrastro, Rufus.

—Cuando menos debo admitir que no resulta simpático, francamente —asintió Rufus—. Espero que tu madre sea una

persona más acogedora.

—Por supuesto que sí. Vamos adentro, te la presentaré.

Pero no pudo ser, por la razón de que aquella noche Elianne Rochelle se había sentido un poco indispuesta y se había retirado a descansar, casi inmediatamente después de la cena, por lo que hacía ya más de dos horas que se hallaba ya en su habitación.

—Me parece —dijo sonriendo Rufus—, que he escogido un mal día para iniciar nuevas amistades.

—Claro que no. Vamos los dos al salón y tomaremos algo, Rufus.

—Una botella de champaña sería lo más indicado para terminar la fiesta un poco más alegremente que lo que sugiere tu casa, querida mía —dijo Rufus en tono humorístico.

—Pediré que nos traigan una botella.

La botella de champaña fue traída por una de las doncellas de la casa.

Veronique se hizo cargo de ella, dijo que no necesitaban nada más, cerró la doble puerta del salón, apagó la luz de la gran araña que pendía del techo, y guiándose sólo por la luz de la luna que entraba por los ventanales, se dirigió hacia el sofá, llevando en una mano la botella y tomando con la otra de nuevo, una de las de Rufus Carmichael.

—Si lo que pretendes es que me rompa una pierna para que no pueda participar en ninguna de las pruebas, me parece que vas a conseguirlo —intentó bromear de nuevo Carmichael—. ¿Por qué no enciendes la luz?

—Si quieres puedo hacerlo, pero me gustaría que este primer encuentro nuestro se realizase solamente a la luz de la luna. ¿Acaso no puedes verme bien?

—Sí. Te veo perfectamente, desde luego.

Rufus Carmichael se calló; La muchacha le había soltado la mano, había dejado la botella de champaña sobre una mesita, y había llevado las manos hacia la espalda. Se oyó el suave siseo de una cremallera al descorrerse, y un instante después, el susurro de la ropa del vestido de noche al caer al suelo. Segundos más tarde, Rufus Carmichael notaba en su cuello el sedoso contacto de los brazos de Veronique Monerot... Y en su dura boca de hombre acostumbrado a las mentiras y los desengaños, los tiernos, suaves, dulcísimos labios de la muchacha.

CAPÍTULO V

La reunión se celebraba en el sótano, en una estancia cuya única comodidad era la calefacción. El mobiliario parecía algo provisional, aunque con un cierto sello de indiscutible elegancia. Germain Rochelle, de pie junto a un paño de pared en el que había un plano de todo el hemisferio occidental, desde el Ecuador al Polo Norte, lo contemplaba poniendo especial atención en algunas señalizaciones que se veían sobre la superficie.

Frente a él, muy atento a lo que pudiera decir el jefe, estaban Gilfés, Tryosse, Valmeroux y Cyr Genevois, aparte de la bellísima Lucienne, que completaba el quinteto. Tras mirar el mapa y haberlo señalado a su plantilla, Germain Rochelle dijo:

—La llegada de Krupnikoy adelanta el proyecto, y lo celebro porque temo que la CIA pueda desplegar más fuerzas y conseguir lo que no han conseguido los dos hombres que capturamos. Sin ninguna duda, Krupnikoy ha llegado en un buen momento, anunciando la llegada del material para dentro de dos días, es decir, para pasado mañana por, la noche. Por lo tanto, aquí se ha de trabajar duro, a fin de que los envases y los camiones estén listos. Además, tengo que trabar contacto con nuestro grupo en la costa, y con el submarino. Todo se ha de sincronizar de un modo perfecto. ¿Alguna duda?

Los fue mirando de uno en uno, y todos fueron moviendo negativamente la cabeza. Pero Lucienne, la bella y llamativa mujer, alzó una mano.

—¿Sí? —inquirió Rochelle.

—Sabemos todos lo que tenemos que hacer. No obstante, me inquieta el silencio de ese agente de la CIA que tenemos prisionero. Ya ni siquiera es un hombre, *monsieur*... Es inútil tratar de arrancarle un sonido que no sea de dolor, y ni siquiera esto se oye bien. Temo que esté ocultando algo que pueda hacernos mucho

daño.

—Se ha intensificado la vigilancia, ¿no es así? —Gruñó Germain Rochelle.

—Sí, por supuesto, pero...

—¿Acaso ha ocurrido algo que me estáis ocultando?

—No, no.

—Entonces, el proyecto sigue adelante.

—Está bien. ¿Qué hacemos con ese agente de la CIA que queda vivo?

Tras reflexionar brevemente, Rochelle dijo:

—Esta noche habrán en el campo otros dos pequeños monolitos. Si nada podemos obtener de ese hombre, no tenemos por qué tomarnos más molestias con él. Ocúpate de eso, Gilies. Luego, ya sabes cómo utilizar las grúas, las carretillas... Es decir, todo lo necesario para que hayan dos monolitos más en el campo. ¿Alguna otra pregunta?

—Yo quisiera hacer una —dijo Tryosse.

—Adelante pues.

—¿Por qué ha adelantado su llegada el ruso?

—Bueno —movió la cabeza Germain Rochelle—. Los rusos saben trabajar muy rápido cuando el asunto les interesa; y por otra parte no veo qué inconveniente puede tener para nosotros que el proyecto se adelante. Por el contrario, yo diría que todo son ventajas.

—¿Se ha cerciorado usted de la identidad del ruso?

Rochelle le miró de soslayo, esbozando, una sarcástica sonrisilla.

—Vamos, vamos, Tryosse, no digas más estupideces. Naturalmente que sé positivamente que ese hombre es el que estábamos esperando. ¿Se os ocurre alguna estupidez más?

—No sé si será alguna estupidez, señor —dijo GILES—. Me gustaría saber quién se ocupará de comunicar con el grupo que espera en El Havre.

—Hazlo tú mismo —le apuntó Rochelle—. ¿De acuerdo?

—Sí, señor.

—Y tal como quedó convenido —agregó Rochelle— nuestro agente en El Havre se pondrá en contacto con el submarino. Pronto no quedará ni rastro de todo esto. En fin, haz todo lo que hemos dicho con esos dos agentes de la CIA, y luego comunica con los del

barco e indica que localicen al submarino. Entre los del barco y los del submarino han de quedar completamente de acuerdo sobre el lugar de encuentro en el Atlántico Norte, y desde aquí, nosotros, lo único que tenemos que hacer es conducir el material al barco a El Havre, a su debido tiempo. Eso es todo.

—Valveroux y yo nos ocuparemos de los envases y de los camiones, señor —dijo Cyr Genevois.

—Naturalmente. Y recordad que no quiero fallos.

No se habló nada más. Germain Rochelle camufló el mapa en el tabique y sin más se dirigió a la salida de aquella estancia. Los demás tenían trabajo que realizar aquella noche, pero él estaba deseando regresar a su muy confortable hogar.

CAPÍTULO VI

—¿Nos veremos mañana, Rufus? —Sonó en la oscuridad plateada de luz lunar la susurrante voz de Veronique.

—Si realmente lo deseas...

—Nunca había deseado nada con tanta intensidad —se oyó el profundo suspiro de la muchacha.

—Entonces nos veremos mañana. Y ahora creo que será mejor que me marche. Me imagino que tanto tu madre como tu padrastro deben ser personas de mentalidad moderna y tolerantes ante algunas situaciones, pero francamente, preferiría que si tu padrastro regresa pronto, o tu madrastra baja al salón por cualquier, motivo, no nos encontrase en esta... situación.

—¿Te parece una situación desagradable? —rió ella.

Se oyó el chasquido de un beso sobre tersa piel.

—No, pero sencillamente, creo que no debemos prolongarla más.

—Está bien —suspiró de nuevo Veronique—. Pero dime dónde y cuándo nos veremos mañana.

—Ya te avisaré. En cuanto haya cumplido algunas pequeñas formalidades que tengo pendientes te llamaré por teléfono, no te preocupes.

—Por favor, por favor, Rufus, el último beso...

Se oyeron varios chasquidos suaves en la tersa y tibia piel, antes que se produjese el largo silencio de un beso intercambiado de ambas bocas. Luego se oyó el rumor de ropa, y finalmente, la alta silueta de Rufus Carmichael quedó erguida delante del sofá, donde la luz de la luna hacía brillar la piel de seda en Veronique.

—Oh, ahora recuerdo que has venido conmigo en mi coche, así que no tienes auto para regresar...

—No te preocupes —movió él la cabeza—. Tengo deseos de pasear. Así que todo va de maravilla. Hasta mañana, Veronique.

—Hasta ahora, mi amor —susurró ella.

Su mano apareció como un bello dibujo de plata en la oscuridad por un instante. Y segundos después, Rufus Carmichael abandonaba el salón, cruzaba el silencioso y vacío vestíbulo de la gran casa, salía a la terraza, y bajaba rápidamente la breve escalinata. Se dirigió hacia la salida de la villa, y poco después, sin haber encontrado en su camino a nadie, abandonaba ésta y se alejaba tranquilamente con las manos en los bolsillos como el ser más despreocupado del mundo.

No habría recorrido ni siquiera quinientos metros cuando Rufus veía las luces, del coche que llegando detrás de él proyectaba su sombra hacia adelante. El primer movimiento instintivo fue de precaución, pero las luces se encendieron y se apagaron en brevísima señal convenida y entonces el agente de la CIA se detuvo y esperó la llegada del coche. Éste se detuvo a su lado, y sin más Rufus Carmichael abrió la portezuela y se sentó junto al conductor, que prosiguió alejándose de la villa.

—¿Tienes un cigarrillo, Charlie? —pidió Rufus—. Se me han terminado.

Su compañero de espionaje, aunque aparentemente en esta ocasión, de participación en las pruebas automovilísticas de Le Mans, señaló la guantera. De allí, Carmichael sacó un paquete de cigarrillos, encendió uno con el encendedor del coche, y luego, expeliendo humo, volvió a mirar a su compañero.

—¿Has traído el equipo?

—Todo lo que pediste nos ha sido facilitado.

—Estupendo. ¿Viste salir un auto de esa villa cosa de... una hora antes de que saliese yo?

—Bueno —sonrió Charlie—. Salieron dos Coches, ¿no? Uno detrás de otro.

—Sí. Pero el segundo lo conducía nuestro predilecto amigo Germain Rochelle, y ése no nos interesa demasiado, pues conocemos casi al dedillo sus actividades y movimientos. En cambio el del otro coche sería muy interesante conocerlo.

—Lo siento. Se me ocurrió seguirlo, pero pensé que si tú salías muy pronto y necesitabas todo el material que me pediste, no podrías disponer de él ni del coche.

—Está bien, no te preocupes. La matrícula de ese coche es AD

5784 22 es decir, que está matriculado en este departamento, el de Sharthe. Como ya verías tú mismo, es un «Peugeot 404», de tono azul oscuro. Si el ocupante de ese coche es forastero en Le Mans, es posible que lo haya alquilado, de modo que quizá eso sea mejor para una localización muy discreta del coche y por tanto del individuo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —asintió Charlie—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto que sí —se sorprendió Rufus.

—Dime: ¿qué has estado haciendo ahí dentro tanto tiempo?

—Pues... he tomado un par de copas de champaña en compañía de una encantadora muchacha.

—¿Te refieres a Veronique Monerot, naturalmente?

—Sí. Es una jovencita encantadora y deliciosa, te lo aseguro —el ceño de Rufus Carmichael se frunció, y él permaneció pensativo unos segundos antes de terminar—. Es tan encantadora y deliciosa, que me estoy preguntando todo el tiempo si realmente yo le intereso tanto como me ha demostrado.

—¿Y hasta dónde ha demostrado que le interesas? —Volvió la cabeza Charlie.

—Hasta un punto lo bastante alto para que yo llegue incluso a sospechar que quizá ella sepa mucho más de mí que yo de ella. Y si así es, el juego podría resultar muy peligroso no sólo para mí, sino también para ti y para París A.

—¿Y qué piensas hacer?

—No lo sé aún. Pero a la más pequeña oportunidad voy a arreglármelas para poner a Veronique Monerot en una situación en la que pueda apretarle las clavijas de tal modo que si está haciendo juego sucio no podrá ocultarlo.

—Esto de ser espía es una porquería —refunfuñó Charlie— porque en cuanto te das cuenta estás metido en un pozo que te cubre de mierda hasta más arriba de las narices.

—O tómalo o déjalo —encogió los hombros Rufus—. Bueno, creo que ya puedes parar aquí mismo, Charlie.

Éste apartó un poco el coche a la derecha y se apeó. Estaban en la parte sur de Le Mans, muy cerca del núcleo urbano. Charlie estuvo unos segundos mirando preocupado a Rufus Carmichael, que finalmente alzó las cejas en un gesto interrogante. Su compañero encogió los hombros y le tendió la mano.

—Buena suerte, Rufus.

—No te preocupes. Y no me falles tú y París A en todo lo que venimos preparando tan cuidadosamente.

—Ésta es la parte más fácil del asunto. La tuya es la difícil. Cuídate.

Charlie se alejó, y por su parte Rufus Carmichael partió también para enfilarse muy pronto la rue de Voltaire, a fin de atravesar Le Mans y salir luego a la Route de Premartin. Esto no le llevó mucho tiempo, y muy pronto estuvo transitando prácticamente solo por la carretera en dirección a Route de Premartin.

Rufus Carmichael buscó un lugar donde dejar escondido el coche y una vez conseguido esto procedió a cambiar ligeramente su indumentaria. Se quitó la chaqueta del *smoking*, se puso sobre la camisa un jersey negro, ajustó luego a su costado izquierdo una pistola con el silenciador ya acoplado, y por último, tomó un estuche largo y estrecho de poco peso. También tomó unos binoculares de luz ultravioleta que le permitirían ver en la oscuridad casi total en un radio nada despreciable. Era un equipo más que suficiente para lo que pretendía hacer. Con todo ello, Rufus Carmichael se alejó del auto y recorrió una corta distancia hasta ir situándose mirando en tomo. Descubrió que aquel campo, aquella suave ladera, ya debía haber tenido monolitos y megalitos, posiblemente en tiempos prehistóricos. Había algunos de ellos cuyo origen parecía incuestionable. Otros más pequeños se prestaban a ciertas dudas. Provisto de aquel pequeño y alargado maletín y los binoculares de luz ultravioleta, Rufus Carmichael trataba de localizar los que en un principio le parecían más sospechosos a primera vista.

Por otra parte, la idea de Cameron y Mitchell había sido magnífica: situar las bacterias litófagas en aquellos monumentos. Algunos, indudablemente debían ser antiquísimos, pero la idea de Rufus era que también debían haber otros mucho más recientes. Por sorprendente que resultase, así debía ser.

La luz ultravioleta debería servirle a Rufus, entre otras cosas para examinar los orificios que las bacterias litófagas causan en las rocas. Estas bacterias horadan piedra, producen unas perforaciones que por imperceptibles que sean a la vista del ser humano, no ocurre lo mismo con la luz ultravioleta.

Y así fue.

Utilizando esta luz, Rufus Carmichael no tardó mucho en descubrir algunos de aquellos monolitos que mostraban los finísimos orificios producidos por las bacterias litófagas. Eligió uno de ellos, se colocó delante, y del estuche alargado extrajo algo que a simple vista parecía una jeringa; y era una jeringa, en efecto, pero especial, con una larga aguja inyectable, que podía pasar a través de los orificios que provocaban las bacterias litófagas, tan fina era. Probó en un orificio, pero la punta de la fina aguja tropezaba con roca. Probó en otros, pero con idéntico resultado. Y finalmente, decidió abandonar aquel pequeño monolito para ir en busca de otro.

Durante más de veinte minutos Rufus Carmichael estuvo trabajando infructuosamente, hasta que por fin, en uno de los pequeños menhires, de tamaño algo superior a su propia estatura, la fina aguja penetró profundamente por el finísimo orificio. Tropezó con un obstáculo que al hacer una suave presión, Rufus dedujo que era blando.

Sí, dentro de lo que debía ser un solidísimo bloque de roca, la aguja estaba apretando un cuerpo blando...

Como si se dedicase a una simple extracción de sangre, Rufus Carmichael apretó un poco más la aguja, y luego tiró del émbolo de la jeringuilla absorbiendo lo que fuera que hubiese en aquel cuerpo blando metido en la roca. La jeringuilla se fue llenando de algo que por el momento no era fácil identificar, pero que servía a Rufus para disipar de un modo definitivo cualquier duda que hubiera podido quedarle.

No obstante, decidió proveerse de más materia de aquélla, así que recurriendo a una nueva jeringuilla que sacó del estuche, procedió a una segunda extracción en otro pequeño menhir alejado del primero. Por último, considerando que lo obtenido era ya suficiente para realizar un análisis por sí mismo, puesto que contaba con material e instrucciones para identificaciones de aquella materia, decidió dar por terminadas sus incursiones en aquel lugar.

Estaba guardando la segunda jeringuilla, acucillado, con los binoculares en el suelo cerca de él, cuando algo se movió a sus espaldas.

Y no uno de aquellos pequeños monolitos, por supuesto.

Una sombra que se proyectó hacia adelante, quedando visible para Rufus Carmichael, que permaneció inmóvil. No era ningún novato, en modo alguno, así que sabía positivamente que quién se acerca por detrás de ese modo, y luego queda inmóvil, dispone del considerable respaldo que puede significar una pistola.

La voz de un hombre llegó inmediatamente:

—¿Qué está haciendo usted aquí?

Sin responder, Rufus volvió la cabeza y se quedó mirando al sujeto vestido de oscuro, y que en efecto le amenazaba con una pistola provista de silenciador.

—Póngase en pie. ¿Quién es usted?

Rufus se puso en pie con gesto tranquilo y también al mismo tiempo tranquilizador. Sabía que cualquier gesto brusco podía precipitar las cosas de modo desfavorable para él.

—Me llamo Durand, *monsieur* —dijo amablemente—. Pierre Durand. Este campo de pequeños monumentos líticos me ha interesado mucho, así que...

—¿Le han interesado mucho? Y entonces, ¿por qué no ha esperado a la mañana? ¿No le parece que se puede hacer cualquier cosa mucho mejor a la luz del día? ¿Qué es eso que tiene ahí en el suelo?

Rufus miró lo que indicaba el sujeto, o sea el estuche de las jeringuillas y agujas y el que contenía los binoculares de luz ultravioleta.

—Oh, son sólo aparatos para hacer unas pequeñas comprobaciones respecto a la antigüedad de estos monumentos tan interesantes.

El otro dio un paso hacia Rufus, mascullando:

—Póngase de espaldas a mí.

—Pero, *monsieur*...

—Haga lo que le digo.

Con un gesto de resignación, Rufus Carmichael se volvió y sin necesidad de más indicaciones alzó las manos para que el otro permaneciese tranquilo al verlas. El sujeto, con evidente pericia y con no poca rapidez, lo cacheó, con lo que inevitablemente tuvo que encontrar la automática de Rufus enfundada bajo la axila izquierda. Por supuesto la retiró y entonces retrocedió un paso.

—¿También esta automática sirve para determinar la antigüedad

de estas piedras?

—Bueno, *monsieur*, si usted me permitiese explicarle...

—Cierre la boca. Ahora aléjese un poco de todo esto que hay en el suelo. Quiero recogerlo; y luego usted y yo iremos a un lugar donde podremos hablar más extensamente y sin temor a interrupciones.

Rufus Carmichael se movió con el gesto de quién se dispone a obedecer, es decir a alejarse. Pero al instante siguiente, su reacción inesperada, brutal, centelleante, sorprendió al sujeto, que respingó al ver cómo la mano izquierda de Rufus Carmichael se convertía en una poderosa garra que estrujaba su mano armada, mientras que con la derecha, el sorprendido analista de monolitos realizaba un velocísimo movimiento.

Y la aguja, la finísima aguja que Rufus había conseguido retener en la mano derecha, camuflada entre la manga y la muñeca salió disparada contra el cuello del hombre. No llegó a atravesarlo completamente, pero aún surtió peores efectos para el hombre, pues con acción casi simultánea y tras dejar la jeringuilla clavada en su cuello, Rufus Carmichael levantó la mano y descargó un tremendo impacto en lo alto de la cabeza del hombre.

Con la aguja clavada en el cuello y el cráneo hendido por el tremendo golpe de karate, el hombre cayó hacia atrás, fulminantemente muerto. El agente de la CIA se inclinó y recuperó la aguja de un tirón. La guardó en el estuche con las demás, cerró éste, recuperó su arma, recogió los binoculares y se alejó de allí como si nada le importase ni considerase que podía tener consecuencias lo que allí había ocurrido.

Pero su alejamiento no fue definitivo para abandonar aquella zona. Lo que hizo fue ir acercándose al complejo de las industrias de Germain Rochelle. Si hubiese llegado minutos antes podía haber visto a éste abandonando el lugar, pero cuando menos, utilizando los binoculares de luz ultravioleta, estuvo realizando una intensa observación del lugar desde distintos ángulos, y no le cupo la menor duda de que cualquier cosa que estuviese ocurriendo partía de aquel complejo industrial. Ya eran demasiados datos los que se iban sumando. Pero todavía le quedaba algo más por ver a Rufus Carmichael.

Su vigilancia se concretó en aquellos momentos en el punto en

el que aparecían por detrás del almacén dos vehículos. Uno de ellos una grúa y el otro una especie de gran carretilla muy potente que transportaba lo que parecían dos nuevos monolitos.

Los labios de Rufus Carmichael se apretaron en una fría y dura mueca cuando en su mente, inevitablemente, se concretó la idea sobre aquellos dos nuevos monolitos. ¿Qué otra cosa podía pensar sino que dentro de ellos estaban sus compañeros Ron Mitchell y Paul Cameron?

Por gusto personal, Rufus habría resuelto allí mismo la venganza de Cameron y Mitchell, pero consideró que no era el momento de complicarse más la vida. A fin de cuentas él trabajaba para la CIA, y la CIA tenía cosas de más entidad que resolver la venganza por las muertes de dos de sus hombres. Dos hombres por los que ya, realmente, no se podía hacer nada. En cambio, quizá se pudiese hacer mucho si se averiguaban los proyectos de Germain Rochelle, en provecho de otras personas. De otras personas en una cantidad que por supuesto rebasaría la pareja.

Y por otra parte, personalmente, Rufus Carmichael podía permitirse el lujo de esperar que Charlie y París A hubiesen conseguido más datos de aquel asunto. Por ejemplo, quizá fuese sumamente interesante saber quién era el hombre alto, fuerte y macizo que había visitado a Germain Rochelle y que luego se había alejado de la villa en el «Peugeot 404» matrícula AD 5784 72.

Rufus Carmichael abandonó definitivamente la zona. Poco después llegaba a su *suite* en el hotel Gazounod y comprobó que Charlie todavía no había regresado. Lo que suponía, naturalmente, que auxiliado por París A y otros hombres dependientes de éste se estaban ocupando de obtener datos sobre el visitante de aquella noche en la villa de los Rochelle.

CAPÍTULO VII

Cuando Charlie regresó, lo primero que hizo fue entregarle a Rufus un sobre que éste contempló un instante con las cejas alzadas en gesto interrogante. Pero en seguida comprendió de qué se trataba, y sin cambiar ni siquiera un comentario con su compañero, fue a sentarse en un sillón y procedió a abrir el sobre y extraer los papeles que contenía. Estaban escritos en clave, por supuesto, pero aquello no representaba ninguna dificultad para el agente de la CIA enviado especialmente para aquel asunto.

Miró un instante a Charlie y preguntó:

—¿Le han llegado directamente a París A?

—Así es. Y hemos creído conveniente traerlos inmediatamente para que tú lo examines.

—Está bien. Siéntate por ahí y tómate un trago, Charlie.

—Okey. ¿Has conseguido algo con el asunto de los monolitos?

—Así es. Pero hablaremos luego de ello. Déjame ahora que me entere de lo que nos informa nuestro inefable jefe el señor Thorne desde Washington.

Charlie sirvió un par de tragos de *whisky*, llevó uno a Rufus, que lo agradeció con un gesto, y en silencio los dos se dedicaron a beber. Sólo se oía el rumor de los papeles al ser pasados entre las manos de Rufos Carmichael.

Cuando éste hubo terminado la lectura, se puso de pie, fue al cuarto de baño, y sobre el inodoro quemó los papeles y luego pulsó el resorte que vaciaba la cisterna. Convencido ya de que nadie podría jamás obtener información alguna por aquel conducto, regresó al saloncito donde esperaba Charlie y se sentó frente a él.

—¿Noticias interesantes? —preguntó Charlie.

—Desde luego. Respecto a los monolitos te diré que mientras te esperaba he analizado las sustancias extraídas de su interior. Son células humanas, sin duda alguna. Por lo que podemos despedirnos

para siempre de nuestros buenos compañeros Cameron y Mitchell. Y sólo Dios sabe cuántas personas pueden haber en otros monolitos que no examiné. Bien, vamos ahora a esta información que nos ha llegado desde la central por medio de París A. Según parece, nos equivocamos al pensar que Sara Benton era simplemente una desertora. Al parecer, la cosa es más complicada de lo que parecía en el primer momento, ya que según la información recibida, existe por ahí un grupo árabe aislado, que ha sido traicionado; engañado por un ruso llamado Krupnikoy.

—Árabes y rusos —masculló Charlie—. Demonios, esto se está poniendo muy serio, Rufus.

—Así parece. Entiendo que tomando distintas precauciones a las de Sara, por supuesto más cautelosamente, un árabe llamado Dakkel Ben Halfa, que ha solicitado protección a nuestro país, ha confesado allí cosas importantes que arrojan bastante luz sobre esta situación. Éste árabe ha informado a Thorne que su grupo estaba en contacto con Krupnikoy, de quien obtuvieron la promesa de un suministro atómico que pensaban utilizar estratégicamente con vistas a un nuevo enfrentamiento armado con Israel, país que como sabemos dispone de poderío nuclear. Ese grupo árabe, por lo tanto, contaba con Krupnikoy para hacerse con tres bombas atómicas de gran potencia.

Charlie soltó un bufido de desprecio.

—¡Tres bombas atómicas! ¿Qué demonios espera conseguir un país en el aspecto bélico contando solo con tres bombas?

—Realmente no creo que pueda conseguir gran cosa. El hecho es que Krupnikoy ha engañado a ese grupo árabe. Según todos los indicios, o sea, todas las evidencias que ya poseemos, Krupnikoy ha desviado esa ayuda atómica a otro grupo. Me refiero, naturalmente, al de Germain Rochelle. Dada la importancia del material de suministro, tres bombas atómicas de gran potencia, no creo que Krupnikoy haya actuado a espaldas de Moscú. Quiero decir con ello que los de Moscú están de acuerdo con ese desvío de suministro. ¿Tienes alguna idea de lo que eso puede significar, Charlie?

—Bueno —parpadeó éste, desconcertado—. Francamente, no se me ocurre.

—Pues a mí me parece que sí. Fíjate bien. Si Moscú estaba dispuesto a ayudar al grupo árabe, y luego retira su promesa para

suministrar ese mismo material a Germain Rochelle, despreciando a ese mismo grupo árabe con el que habían entrado en negociaciones, la explicación sólo puede ser una, lógicamente: la operación de Germain Rochelle interesa más a Moscú que la aplicación de estrategia que pensaba dar el grupo árabe a ese ridículo arsenal atómico.

—Es muy posible que hayas dado en el clavo —murmuró Charlie—. Germain Rochelle debe estar preparando algo fuerte para que Moscú le entregue este material, faltando a su promesa con los árabes. Y por supuesto, todo indica que Germain Rochelle ha recibido o va a recibir en breve, estas tres potentes bombas atómicas.

—Exacto. Solamente podemos llegar a esa conclusión. Y a la de que la operación de Rochelle es verdaderamente importante, ya que de otro modo, Moscú o bien su enviado Krupnikoy, no hubiese querido oír hablar del asunto. Si Moscú ha aceptado el desvío de ese pequeño arsenal atómico, es que considera que Germain Rochelle y la operación que éste esté dispuesto a realizar valen realmente la pena.

—De acuerdo. Ahora falta saber si esas bombas están ya en poder de Rochelle o todavía han de llegar. Eso lo averiguaremos muy pronto.

—Creo que tenemos algunas bazas importantes. Por lo tanto, todos saben que del grupo árabe quedó un superviviente que escapó. Los demás, excepto Sara Benton, deben estar convertidos en monolitos, supongo. Pero puesto que queda un superviviente que está ahora debidamente protegido en Estados Unidos, podríamos obtener partido de ello. ¿No te parece?

—La verdad es que me tienes bastante sorprendido con tus sistemas de trabajo —sonrió Charlie—. Pero ya empiezo a comprender por qué estás catalogado en la central dentro del grupo de primera categoría. ¿Qué se te ocurre respecto a ése árabe llamado Dakkel Ben Halfa?

—Veamos. Puesto que escapó, todavía pueden quedar algunas dudas a los rusos y al grupo de Germain Rochelle sobre el paradero de Dakkel Ben Halfa. Lo más probable es que, con toda lógica piensen que se halla en Estados Unidos, en, efecto. Pero de eso no pueden estar completamente seguros. Por lo tanto, si Ben Halfa

escapó, es muy posible que todavía lo estén buscando. ¿Me sigues, Charlie?

—Desde luego —sonrió de nuevo su compañero—. Quieres decir que van a encontrar a Dakkel Ben Halfa.

—Ya veremos. De momento hablemos del visitante de esta noche en la villa de Germain Rochelle. ¿Conseguiste averiguar quién es y dónde está?

—No ha sido demasiado difícil, puesto que en efecto el coche es alquilado. Se aloja en el hotel Moderno, rue Bourg-Belé. Y se hace llamar Clair Belfort. Pero me parece que ni tú ni yo nos creemos que ése sea su auténtico nombre, ¿verdad?

—Es de suponer que no —sonrió por su parte Rufus Carmichael—. Los dos estamos pensando que el tal Clair Belfort es el ruso Krupnikov.

—De acuerdo —asintió Charlie—. ¿Qué piensas hacer al respecto?

—Déjame reflexionar un poco sobre ello. Ahora hay que hacer desaparecer todo este material que hemos utilizado con los monolitos. Por lo demás, sabemos que nuestro hombre, ya sin duda alguna naturalmente, es Germain Rochelle, y que tiene como aliado a un ruso llamado Krupnikoy que incluso le ha visitado en su domicilio. A todo eso, añade la presencia en Le Mans o su inminente llegada, de un arsenal atómico.

—¿Crees que piensan utilizarlo aquí?

—No lo sé. En principio no parece que Le Mans sea precisamente un punto estratégico mundial, en el que convenga a los rusos hacer estallar nada menos que tres bombas atómicas. No... No creo que pretendan utilizar aquí esas tres bombas. Y eso es lo que me preocupa. Así como el grupo de Dakkel Ben Halfa deseaba el arsenal para estrategia, al menos en principio, Germain Rochelle quiere utilizarlo ya. De eso no podemos tener ninguna duda. Lo que me pregunto, y es muy inquietante, es dónde piensa Rochelle hacer estallar esas bombas.

—Apuesto a que consigues enterarte también de eso.

—Lo intentaré. Bueno, Charlie, creo que te has ganado un buen descanso. Mientras tanto, yo reflexionaré sobre el modo de enfocar nuestro conocimientos sobre cierto caballero llamado Krupnikov.

No es que Krupnikoy viviera muy tranquilo, pero precisamente

para poder esfumarse y quedar lejos de una más que probable represalia árabe, había acelerado la operación. Faltaban treinta y seis horas para que el arsenal compuesto por tres bombas atómicas llegase a Le Mans, concretamente al complejo industrial de Germain Rochelle. Entonces, una vez entregado el material, el asunto, en su parte final, sería cosa del propio Rochelle. Momento que Krupnikoy aprovecharía para desaparecer rápidamente de allí.

En aquellos momentos, Krupnikoy se hallaba en su *suite* del hotel Moderno, en pijama, fumando un cigarrillo y mirando el discurrir del río Sarthe, por el centro de Le Aíans, la agradable y tranquila ciudad, que se convertía en un auténtico foco de locura cuando se aproximaban las famosas veinticuatro horas de Le Mans.

Cuando sonó de pronto el timbre del teléfono, Krupnikoy se volvió sobresaltado hacia el aparato. No esperaba llamada absolutamente de nadie, y por un instante, se sintió incluso alarmado. Pero a fin de cuentas, un teléfono puede sonar incluso por un error de quien maneja la centralita.

Así que, tranquilizado, fue a atender la llamada.

—¿Sí? —murmuró.

—Soy yo, Belfort —reconoció la cauta voz de Germain Rochelle—. Algo inquietante, incluso amenazante ha ocurrido. Anoche, uno de mis hombres apareció muerto donde está el campo de monolitos. Tenga mucho cuidado.

—¿Qué quiere decir exactamente? —Palideció Krupnikov.

—Estaba pensando en el grupo árabe que usted ya sabe.

—Creí que no había nada que temer al respecto —musitó Krupnikov—. alguna vez he pensado en ello, desde luego, pero como algo muy improbable. ¿No será cosa de la CIA?

—Sea lo que sea, y no se me ocurre cuál de las dos cosas podría ser peor, creo que debemos tomar precauciones. Sólo por esto le he llamado. Precauciones que vamos a extender a una anulación de todos nuestros contactos, salvo que el asunto lo requiera de modo insoslayable.

—De acuerdo —murmuró Krupnikov—. ¿Algo más?

—No. Y me parece que es suficiente. Adiós, Belfort.

Krupnikoy oyó el sonido del auricular al ser colgado al otro lado de la línea. Colgó él también, y quedó pensativo. Por supuesto el consejo de Germain Rochelle de que estuviese alerta era digno de

agradecer. Por lo pronto pensó en la conveniencia de cambiar de hotel, buscando un alojamiento más discreto, a ser posible lejos del centro de Le Mans.

Sí. Lo mejor era desaparecer de allí rápidamente.

Pero las cosas se le estaban ya complicando demasiado al espía ruso Krupnikov. Estaba todavía a mitad de hacer su equipaje cuando el teléfono volvió a sonar, sobresaltándolo de nuevo. Durante unos segundos, el agente ruso pensó en la conveniencia de no atender aquella llamada. Pero, la idea de que pudiese ser de nuevo Germain Rochelle con alguna noticia mejor que la última recibida, le impulsó hacia el aparato.

:—¿Sí? —inquirió.

—Escuche con atención, Krupnikoy —oyó la voz seca y áspera, en ruso—. En primer lugar, abajo, tengo dos hombres de vigilancia que le acribillarían si usted intentase salir sin dar la contraseña que yo le proporcionaré si llegamos a un acuerdo. En segundo lugar, le diré que no nos hemos resignado a perder los tres juguetes que usted ya sabe. ¿Acepta negociar, Krupnikov?

—¿Quién es usted? —musitó éste.

—¿Por qué pregunta tonterías? —Gruñó el otro—. Le supongo provisto de la suficiente inteligencia e imaginación para saber quién le está hablando.

—¿Es usted Dakkel Ben Halfa?

—Estoy seguro de que nos entenderemos, *monsieur* Belfort —dijo ahora el otro con cierta ironía—. ¿Pactamos o no pactamos?

—¿Cuál es su proposición?

—Ya se lo he dicho. Continúa interesándonos ese material que cuando creíamos tenerlo en las manos, nos fue escamoteado. Lo queremos, simplemente.

—No puedo entregárselo.

—¿Por qué razón?

—No tengo tantas atribuciones. No obstante, sí tengo algo que decirle: ustedes se precipitaron al huir después de atacar, intentando destruir los planes de Rochelle. Yo tenía otra oferta para ustedes, pero no tuvieron paciencia para escucharla.

—Puedo escucharla ahora. ¿Cuál es la oferta?

—Estamos dispuestos a facilitarles muchísimo material estratégico convencional.

—No interesa. De eso ya tenemos. Nosotros no necesitamos nada convencional, sino altamente peligroso, o cuando menos disuasorio en el sentido de que las posibles partes oponentes sepan que se les puede replicar con la misma moneda.

—No puedo entregarles eso que me piden —jadeó Krupnikov.

—Bueno, en ese caso aténgase a las consecuencias. Usted, Rochelle, y todos los demás que estén involucrados en este asunto.

—Espere, espere... También estoy dispuesto a ofrecerle, además del arsenal convencional, una compensación en efectivo y la promesa de llegar a un acuerdo más adelante. Nosotros no habíamos pensado nunca abandonarles, Ben Halfa.

—Me parece que está mintiendo. No obstante, dadas las circunstancias, me gustaría oír en cifras esa oferta en efectivo, puesto que realmente estoy muy necesitado de dinero para efectuar una pequeña reorganización en mi grupo. ¿Cuál es la cifra?

—Puedo entregarle por el momento dos millones de dólares.

—¿Los tiene ahí, con usted?

—No, no. Pero lo puedo tener muy pronto.

—¿Cuándo?

—Bien, esta misma noche, seguramente.

—¿Esta noche? Eso sólo indica que usted es capaz de preparar cosas de gran envergadura en muy pocas horas. Pienso que probablemente esa cantidad tenga que recogerla usted de diversos puntos de apoyo que ha estado usted utilizando hasta ahora. Lo que significaría que piensa desaparecer de aquí. Quiero recordarle que dos hombres no le perderán de vista, y que le acribillarían donde sea y cuando sea si usted no obedece todas mis instrucciones.

—No me suponga tan torpe, Ben Halfa. Las personas que se dedican a nuestra profesión deben saber en todo momento cuáles son sus posibilidades. Por otra parte, me interesa seguir en contacto con usted y su grupo, se lo aseguro. Repito que Moscú no ha pensado en ningún momento en abandonarle. Así pues, si necesita ese dinero, puedo proporcionárselo para esta noche. Y más adelante hablaríamos de nuevo sobre todo lo demás.

—Casi me está usted convenciendo, Krupnikoy, pero sé muy bien cómo mentimos las personas dedicadas a nuestra profesión, como usted dice. Aun admitiendo sus buenas... intenciones, voy a conducir por mí mismo este asunto. Así pues, usted hará

exactamente lo que yo le diga, si no quiere que se compliquen muchísimo las cosas.

—Estoy dispuesto a escucharle.

—Bien. Lo primero de todo: reúna esos dos millones. Recurriendo a sus grupos de apoyo que...

—No, no. Se está equivocando. No estoy jugando sucio ni tengo grupos de apoyo extraños que puedan sorprenderle. Para reunir ese dinero tendré que recurrir a Germain Rochelle.

—Por mí está bien. Recoja ese efectivo, pues, en francos, libras y dólares. No creo que le resulte demasiado difícil a Rochelle conseguirlo, dado el gran movimiento de su industria... honorable. Hable con él, haga que le den el dinero, y espere mi llamada para las seis y media de la tarde. A esa hora recibirá nuevas indicaciones. Mientras tanto, usted no debe moverse del hotel absolutamente para nada, por ningún concepto. Si lo hiciera, tendrían que recoger su cadáver de la acera, frente a la misma entrada. ¿Está claro?

—Está clarísimo-murmuró el soviético. —Sé muy bien lo que me estoy jugando, Ben Halfa.

—De acuerdo. Espere, pues, mis instrucciones. Es todo por ahora.

Krupnikoy colgó y se quedó reflexionando sobre la complicadísima situación que creaba la reaparición de Dakkel Ben Halfa en el juego. Llegó a la conclusión de que por el momento convenía mantener entretenido al árabe y al grupo que pudiese estar éste reorganizando. Sí, convenía hacerlo así mientras esperaba la llegada del arsenal atómico y era entregado a Germain Rochelle para que partiese luego a su destino final. Una vez conseguido esto, él podría ocuparse con más facilidad de aplastar a Ben Halfa y su gente.

Pero no convenía hacer nada en aquellos momentos, ya que ignoraba la fuerza real de que disponía el árabe. Y ya era más que suficiente con que su vida, la del propio Krupnikoy, estuviera amenazada. En su profesión, realmente, había que saber cuándo es conveniente ceder lo suficiente, y tomarse un respiro para estudiar la forma de contraataque... que debe realizarse a su debido tiempo.

Todo lo que tenía que hacer por el momento, era llamar a Germain Rochelle, y pedirle que sin excusa ninguna reuniese los dos millones de dólares en billetes de diferentes países.

Luego, tranquilamente, se quedaría en el hotel esperando, y saborearía un succulento almuerzo.

Había sido un almuerzo muy agradable, en Pontlieue, en un restaurante apartado, metido entre frondoso jardín, con un servicio compuesto por discretas camareras a cuál más bonita.

De todos modos, Rufus Carmichael, pese a la belleza indiscutible de las muchachas que servían graciosamente las mesas, sólo parecía reparar en la presencia de su aún más bella acompañante de los ojos color violeta, Veronique Monerot.

En cuanto a Veronique, no se trata de que no existiesen para ella las camareras, sino que parecía que el resto del mundo había desaparecido. Sus hermosos y grandes ojos que parecían contener una radiante luz propia, estaban Siempre fijos con gran adoración en el pelirrojo norteamericano, que de cuando en cuando le sonreía afectuosamente.

—Qué extraño es todo esto, Rufus —dijo de pronto Veronique—. Una mujer cuando ve a un hombre, comprende inmediatamente si ese hombre puede influir en su vida de alguna manera. Y yo, en cuanto te vi a ti, comprendí que no sólo ibas a influir, sino que ibas a ser decisivo.

—¿Eso fue nada más verme? —sonrió Rufus Carmichael.

—Sí. Apenas verte sentí como un golpe dentro del pecho, como si el corazón hubiese dado una vuelta completa y estuviese a punto de estallar. Yo diría que esto es lo que la gente llama amor a primera vista.

—Pues no se puede decir que me tratases muy amorosamente al principio —frunció el ceño el *play-boy* deportista.

—Oh, bueno —rió dulcemente Veronique—. Lo que ocurre es que cuando a una mujer le ocurre una cosa así, se rebela instintivamente. No es agradable esa sensación de sentir que por un hombre seríamos capaces de convertirnos en su esclava.

—¿Aceptarías convertirte en mi esclava? —Respingó cómicamente Rufus.

—Anoche me convertí en tu esclava —susurró ella—. ¿O no fue así?

—Bueno... Yo no diría propiamente que fuiste mi esclava..., sino mi amor. Y si tú fuiste esclava mía, si prefieres considerarlo así, yo

tendría que considerar que también me convertí en tu esclavo.

—No, no —abrió Veronique aún más los ojos—. Tú no eres esclavo mío, Rufus. ¡Soy yo quien quiere serlo tuya!

—Mira, Veronique...

Ea aquel momento, una de las camareras llegaba junto a la mesa, por supuesto sonriendo amable y simpáticamente... y portando un teléfono en las manos.

—¿*Monsieur* Carmichael? —preguntó.

—Sí, yo soy —la miró vivamente Rufus—. ¿Tiene una llamada para, mí?

—Así es, *monsieur*.

—Gracias. Conecte el teléfono, por favor. La estaba esperando.

Rufus miró a Veronique y pidió:

—Me perdonas, ¿verdad?

—Claro que sí.

Carmichael esperó a que la camarera conectase el teléfono al enchufe de la mesa, y descolgó el auricular.

—¿Sí? —inquirió.

—De acuerdo. Entonces, entiendo que todo está a punto y listo para ser utilizado.

—Okey, Charlie. Muchas gracias. Ya nos veremos.

Colgó el auricular y miró a Veronique, que le contemplaba expectante.

—¿Ocurre algo, Rufus?

—Nada. Por el contrario; esta llamada significa que todo va estupendamente. Vamos a terminar rápidamente de almorzar, Veronique. Tengo una pequeña sorpresa para ti.

—¿Una sorpresa? —exclamó ella gozosamente—. ¡Oh, Rufus, me encantan las sorpresas!

—Pues vas a quedar altamente complacida, amor mío.

—Pero..., ¿de qué se trata?

—¡Caramba! —Fruunció el ceño Rufus Carmichael—. ¡Si te lo digo ya no será una sorpresa!

Rufus Carmichael empujó la puerta de aquel apartamento en uno de los más elegantes edificios del centro de Le Mans y se apartó. Veronique le miró, todavía intrigada y desconcertada, pero atendiendo al gesto invitador de Rufus entró en el apartamento. El

play-boy deportista entró tras ella, cerró la puerta, fue hacia el ventanal y alzó un poco las persianas, permitiendo la entrada de franjas horizontales de luz solar.

—¡Qué bonito apartamento! —exclamó Veronique—. ¡No me digas que es tuyo, Rufus!

—No. Lo ha alquilado un amigo mío para que yo disponga de un lugar discreto donde nosotros dos podamos tratar asuntos importantes.

—Oh —exclamó Veronique.

Se colgó del cuello de Rufus Carmichael y le besó los labios. Durante unos segundos, el agente de la CIA estuvo correspondiendo de muy buena y sincera gana a la dulzura del contacto femenino, mientras acariciaba las rotundas formas que iba notando henchidas y oía contra su pecho el fuerte palpitar del de la muchacha.

De pronto se apartó y se quedó mirándola fijamente.

—¡Oh, Rufus! —protestó ella.

—Veronique, no hemos venido aquí a lo que te imaginas.

—¿Quieres decir que no hemos venido para disfrutar lo mismo que anoche... pero con más comodidad y tranquilidad? —se decepcionó la muchacha.

—Por supuesto que no. Hemos venido aquí porque para mí esto del amor no es ningún juego. Para ser más claro te diré que el asunto sexual sí es un juego, y debo admitir que francamente divertido y placentero. Pero, una cosa es dedicarse simplemente al juego sexual y otra al amor. Tú dices que me amas, ¿no es así?

—Sí —musitó desconcertada Veronique—. Puedo jurártelo, Rufus.

—De acuerdo. Entonces, vas a aceptar dos cosas que yo voy a indicarte. La primera de ellas es que tomes ese teléfono —lo señaló sobre una mesita— y llames a tu casa. Pides comunicación con tu madre, y le dices que esta misma tarde, sin tiempo para pasar, por tu casa, sales con unos amigos hacia París, donde pasarás, unos cuantos días. ¿Estás de acuerdo con esta primera parte?

El desconcierto de Veronique Monerot no sólo iba en lógico aumento, sino que a Rufus Carmichael incluso le pareció auténtico. La muchacha estuvo mirándolo fijamente durante unos segundos... Luego fue al teléfono, marcó el número de su casa, pidió por su madre y ante la atención de Rufus le dijo exactamente lo que éste

deseaba. La muchacha colgó el teléfono y volvió a mirar intensamente al espía americano.

—¿Qué otra cosa quieres que haga por ti. Rufas?

Éste se dirigió hacia un aparador, abrió uno de los cajones, sacó un estuche y de éste una pequeña jeringuilla y una aguja inyectable. Rompió un pequeño frasco que había también allí, lo absorbió con la jeringuilla y se acercó blandiendo ésta a la muchacha.

—¿Quieres tenderme tu brazo izquierdo, por favor?

Veronique Monerot estaba pálida, y por un instante Rufus notó su vacilación, pero acto seguido, ella le tendió el brazo, y sin vacilar, con movimientos firmes, Rufus Carmichael clavó la aguja y luego inyectó lentamente el líquido.

Fue a dejar todo en el sitio donde lo había sacado, volvió junto a Veronique, la tomó de un brazo, y la llevó hacia el amplio dormitorio. Ayudó a la muchacha a tenderse en la cama, fue a ajustar un poco más las persianas para que la luz fuese una dorada penumbra nada más, y tomando un silloncito, fue a sentarse junto a la cama. Veronique Monerot ni siquiera se movía, sólo sus ojos seguían de un lado para otro a Rufus Carmichael.

—¿Te sientes bien? —murmuró éste.

—Sí. Pero nunca me han gustado las drogas, Rufus. Y si realmente me amases, no me obligarías a estas cosas. ¿Para qué necesitas inyectarme drogas si sabes que sin ellas puedo de todos modos ofrecerte mi amor hasta todos los límites que me exijas?

Rufus Carmichael se pasó la lengua por los labios y no contestó. Bajó la mirada hacia el suelo y permaneció en silencio. Cuando volvió a mirar a Veronique Monerot, ésta tenía cerrados los párpados y respiraba lenta y profundamente. El agente de la CIA se incorporó entonces y se inclinó sobre el rostro de la muchacha.

—Veronique, ¿me oyes?

—Sí —sonó como un leve soplo la voz de ella—. Te oigo, sí.

—¿Amas a tu madre, Veronique?

—Sí, la amo mucho, sí.

—¿Y a tu padre?

—No... no tengo padre. Mi padre murió.

—Me estoy refiriendo a tu padrastro, el hombre llamado Germain Rochelle.

—Oh, no... A ese hombre no lo amo, lo detesto. No está

haciendo feliz a mi madre, y además es déspota, mal educado y ambicioso.

—¿Estás segura de lo que dices, Veronique?

—Sí, sí. Estoy completamente segura.

—Entonces, debo interpretar qué tú no estás haciendo nada en combinación con Germain Rochelle sobre un asunto relacionado con tres bombas atómicas.

—¿Bombas atómicas...? No sé... No entiendo la pregunta. No tengo noticias sobre eso.

—¿Y tu madre? ¿Te ha hablado tu madre alguna vez de este asunto? ¿Crees que tú madre puede estar involucrada en un asunto en el que se están manejando tres bombas atómicas?

—Yo... no entiendo nada. No entiendo esta conversación.

—¿Alguna vez has oído el nombre de Dakkel Ben Halfa?

—No... No, no.

—¿Y el de Krupnikov?

—No.

—¿Y el de Sara Benton?

—Tampoco. No.

—¿Ni siquiera has oído hablar de dos hombres americanos llamados Ron Mitchell y Paul Cameron?

—No.

—¿Conoces a un hombre llamado Rufus Carmichael?

—Oh, sí —exclamó Veronique—. ¡Ya lo creo que conozco a Rufus!

—¿Quién es?

—Es el hombre que amo.

En el rostro de Rufus Carmichael hubo una leve y brusca crispación, pero prosiguió con el interrogatorio.

—No te estoy preguntando, eso. Te estoy preguntando quién o qué es Rufus Carmichael.

—Bueno, Rufus Carmichael es un famoso piloto de bólidos de carreras, especializado, y además tiene también una buena fama de *play-boy*. Pero sé que él es adorable, y yo le amé.

Rufus Carmichael se pasó las manos por el rostro, que notó frío y rígido. Pese a ello y a empezar a comprender y temer que había cometido una gran equivocación, todavía continuó implacable el interrogatorio sobre Veronique Monerot. Un interrogatorio que de

todos modos no prolongó más allá de cinco minutos.

Luego, fue a sentarse cerca de la ventana, encendió un cigarrillo, y se dispuso a esperar.

Casi una hora más tarde, y justo en uno de los pocos momentos en que no miraba a Veronique, oyó el rumor en la cama. Volvió la cabeza hacia allí y vio a la muchacha sentada, mirándole con expresión apagada, como aturdida.

—Rufus —llamó ella—. ¿Qué ha ocurrido?

El agente de la CIA se puso en pie y fue a colocarse a los pies de la cama. Desde allí dijo:

—Ha ocurrido que te he inyectado pentothal, o suero de la verdad, porque quería saber algunas cosas de ti. Creo que mereces una compensación por este rato que te he hecho pasar. Así que te diré cosas sobre mí. Además de corredor automovilístico y *play-boy*, soy un agente especial de la CIA. Y en estos momentos estoy realizando una misión que puede llevar a tu padrastro a la cárcel, aunque más posiblemente a la muerte. ¿Comprendes esto?

—No —dijo Veronique, muy abiertos los ojos—. ¡Claro que no lo comprendo!

—Pero me amas, ¿no es así?

—Sí, Rufus... Sí.

—De acuerdo. Entonces voy a pedirte la tercera cosa que debes hacer por mí. Hasta que yo venga a buscarte, permanecerás en este apartamento sin moverte absolutamente para nada, y sin llamar a nadie para comunicarle tu paradero. No debes salir de aquí bajo ningún concepto ni comunicarte con nadie. Simplemente permanecerás aquí hasta mi regreso. En la cocina hay víveres y todo lo que puedas necesitar, incluso para una semana. ¿Estás de acuerdo con eso, Veronique?

—Si eso es lo que tú quieres que haga, lo haré, Rufus.

—Eso es lo que quiero que hagas —dijo Carmichael.

Sin más, dio media vuelta, salió del dormitorio y segundos después, estupefacta, Veronique Monerot oía cerrarse la puerta del apartamento.

Afuera, Rufus Carmichael, en absoluto satisfecho de sí mismo, descendía rápidamente las escaleras. Llegó a la calle y dio la vuelta a la manzana en cuestión; sin vacilaciones se metió en un coche allí estacionado y ante cuyo volante se hallaba Charlie, que lo miró con

vivo interés.

—¿Y bien, Rufus?

—¡Maldita sea mi estampa! —farfulló Carmichael—. He metido la pata hasta el pescuezo, Charlie.

—¿La chica no sabe nada?

—Si sabe algo sólo puedo pensar que ha recibido entrenamiento especial contra el pentothal, lo cual, francamente, ya me parece desorbitar las cosas.

—Bueno —sonrió el simpático Charlie—. Hasta tú puedes meter la pata alguna vez.

—Supongo que sí. ¿Tenemos a uno de los muchachos de París A atento a lo que suceda en ese apartamento?

—No te preocupes. Si ella salé de ahí, o llama a alguien por teléfono o recibe alguna visita, todo será registrado por el receptor-grabador que tenemos instalado y que recibe los sonidos por medio de los tres micrófonos que hemos instalado en el apartamento. Pero si dices que has metido la pata hasta el pescuezo...

—Mi convicción es de que así ha sido, pero de todos modos, a Veronique Monerot no le hará ningún mal permanecer en ese apartamento durante algún tiempo descansando y reflexionando. ¿Cómo está el asunto de Krupnikov?

—También eso está todo preparado. Tenemos un chalet muy discreto. En fin, cuando quieras se puede proceder a esa parte del trabajo.

—Bien, esperaremos la hora Convenida con Krupnikov.

CAPÍTULO VIII

El ruso Krupnikoy miraba con frecuencia la hora en su reloj de pulsera. Aquel mediodía le había llegado un maletín con el dinero. No es que Rochelle hubiese accedido muy gustoso, pero comprendió que, después de que el dinero era recuperable, era una medida inteligente quitarse de encima de una vez aquel recalcitrante grupo árabe engañado.

A las seis y media en punto sonó el teléfono, y Krupnikoy se apresuró a tomarlo.

—¿Sí? —inquirió.

—Buenas tardes, Krupnikov. Celebro que haya seguido al pie de la letra mis instrucciones: no ha salido del hotel, y tiene el dinero en su poder. Es una buena base para reanudar nuestras relaciones. Espero que esta vez sean más fructíferas y con una amistad más sincera.

—No lo dude, Ben Halfa. Le garantizo que todo irá bien.

—Así salen las cosas cuando se emplea el cerebro. No voy a entretenerle por teléfono. Vamos a citarnos, Krupnikov. Usted, por supuesto, irá a la cita con el dinero, y una vez juntos cambiaremos impresiones sobre el desarrollo de nuestras futuras relaciones. Supongo que no tiene inconveniente.

—¿Dónde debemos encontrarnos?

—Permítame seguir tomando mis medidas —dijo el árabe—. Usted, a las siete y quince, ya de noche, saldrá del hotel. Frente a la entrada se detendrá un auto. Verá que se abre la portezuela de la derecha del conductor. Métase en el coche, y será conducido a mi presencia. No olvide el dinero, por favor, ni cometa imprudencias; juegue limpio, Krupnikov. Tengo que informarle que detrás de ese auto, irá otro, muy atento, por si alguien intenta interferir. ¿Todo comprendido?

—Todo, Ben Halfa. Haré lo que me ha dicho.

—Magnífico... A las siete y treinta, calculo, podemos estar ya reunidos. Hasta entonces, Krupnikov.

Era todo. Krupnikoy colgó, tras haberlo hecho el árabe.

Reflexionó un poco, sobre si convenía intentar alguna jugada aquella misma noche. Lo cierto era que no parecía factible, ni que hubiese de resultar fácil sorprender a Ben Halfa. Por consiguiente, lo sensato era seguir aquellas instrucciones, y entregar el dinero..., que en definitiva era de Germain Rochelle.

Tenía tiempo para ducharse, y vestir sus sobrias ropas. Casi tres cuartos de hora de margen.

Encendió un cigarrillo mientras se dirigía hacia el baño.

Allí estaba el auto. Y se había abierto la portezuela, tal como le había indicado Ben Halfa. Sin vacilaciones con un maletín en la mano, el ruso se dirigió hacia el auto, y se introdujo en él. Aún no había cerrado la portezuela, cuando el vehículo arrancaba, alejándose de la entrada del hotel.

Krupnikoy miró de soslayo al conductor; sólo vio a un tipo que parecía muy fuerte, alto, con cabello muy negro, como aquel bigote, y la barbita. Detrás había un hombre de proporciones mucho menos impresionantes, un tipo vestido de oscuro, con barba y bigote, y gafas negras.

—¿Quiere pasarme el maletín? —inquirió el tipo que iba detrás.

Krupnikoy, en silencio, obedeció; dejó el maletín con el dinero en manos de aquel tipo de las gafas negras.

—¿Vamos muy lejos? —inquirió, por fin, el ruso.

—Cerca. A Mayenne, por la carretera de Alençon. Pero no es necesario que hablemos ahora, Krupnikov —dijo el tipo de las gafas negras. —Es con Ben Halfa con quien debe llegar a un acuerdo. Al respecto parece que todo marcha bien, así que no nos compliquemos la vida.

—No pienso hacerlo.

—Excelente.

No se habló más.

El chófer, que en ningún momento había despegado los labios, iba a lo suyo; al volante, a la carretera. El de las gafas negras tan sólo había realizado una elemental comprobación, abriendo el maletín, contemplando aquellos fajos de billetes, en moneda de distintos países.

Media hora más tarde dejaban la carretera de Alencon, tomando un camino secundario, cuesta arriba, hasta llegar a una especie de refugio, que ni siquiera era visible desde la iniciación del camino, dada la espesura del bosque que rodeaba al refugio en cuestión: una pieza de «relax», diminuta, de bonita apariencia, aunque un tanto descuidada. La luz estaba encendida.

—Hemos llegado —dijo el tipo de las gafas negras por fin—. Venga conmigo, Krupnikov.

El auto se había detenido, y se apearon el ruso y el tipo de las gafas oscuras, mientras el chófer quedaba en el auto, maniobrando. Los dos primeros penetraron en la casa; el vestíbulo era más grande de lo que cabía suponer, ocupaba toda la planta baja; arriba estaban las habitaciones y servicios. En la parte central del refugio había un hogar, con bonita decoración, un tanto polvoriento, y un tresillo.

Krupnikoy miraba en torno.

—¿Dónde está Ben Halfa? —inquirió.

—Arriba. Siéntese. Mera precaución, compréndalo.

El tipo de las gafas negras señaló al ruso un sillón. Un poco vacilante, como si su instinto le hiciera recelar, Krupnikoy se sentó en el sillón indicado. Por su parte, el tipo de las gafas negras fue a dejar el maletín sobre un aparador, y luego su diestra pulsó un resorte. Un segundo más tarde, se oía el gruñido de rabia de Krupnikoy, y el rumor de su forcejeo; forcejeo inútil, por otra parte, ya que las abrazaderas que habían brotado del sillón eran metálicas, y le sujetaban los brazos, el pecho, los muslos...

—¿Qué significa esto? —masculló el ruso, lívido.

No obtuvo respuesta. Oyó entrar a alguien, pero no descendía por las escaleras, sino que entraba por la puerta principal. Giró como pudo la cabeza, con un esfuerzo que le hinchaba las venas, y empezó:

—Esta cochina trampa le costará cara, Ben Halfa. La...

Sólo era el chófer, que le miró con cara inexpresiva, y dijo:

—No soy Ben Halfa.

—¡¿Dónde está Ben Halfa?! —estalló el ruso.

El chófer ni le miró; se dirigió al tipo de las gafas oscuras, y dijo:

—¿Todo está listo aquí, Charlie?

—Sí. Tienes comunicaciones, el dinero... En fin, lo que me pediste.

—¿Quiénes son ustedes? —susurró Krupnikov.

—¿No lo adivina, Krupnikov? —dijo, en ruso, Rufus Carmichael.

—Bien... Quisiera equivocarme...

—Haga lo que quiera, mientras no se equivoque en las respuestas a mis preguntas. Por otra parte, sobran las presentaciones. Vamos a ir al grano, si le parece bien. Ante todo, le haré la pregunta que en este momento me parece más importante: ¿ha llegado el arsenal atómico a Le Mans, o lo están esperando?

Krupnikoy cambió de color. Parecía que su tez era del color del cirio viejo.

—¿Cómo saben...?

—Responda, Krupnikov. Ando corto de tiempo.

—Usted sueña... No responderé nada.

—En este caso, creo que no sólo yo soy el soñador, Krupnikov. Responda a mi pregunta.

—Es inútil.

Carmichael miró hacia el hogar. En silencio, se dirigió hacia él, y puesto que todo estaba preparado, sólo tenía que prender fuego. Lo hizo, con un largo fósforo, y luego tomó el fuelle, para avivar las llamas. Siempre dando la espalda a Krupnikoy, y sin explicaciones. El ruso, sudando, vio a aquel hombre tomar, el atizador del fuego, y dejarlo entré las brasas durante unos minutos, que a Krupnikoy se le antojaron siglos de angustia.

De súbito, sin previo aviso, sin que mediara una palabra, Rufus Carmichael se volvió, atizador en mano, lanzando la punta hacia el ojo derecho de Krupnikoy, quien lo salvó por un gesto instintivo. No obstante, no pudo impedir que el hierro le chamuscara por completo la ceja.

El grito ronco del ruso trascendió por todo el ámbito del refugio.

—¿Lo ha pensado ya mejor? —inquirió Rufus.

Krupnikoy miraba con terror a aquel hombre que, atizador en mano, parecía inhumano.

—N-no... No ha llegado aún... —tartamudeó por fin.

—Las tres bombas atómicas, entonces, están en camino. Bien. ¿Por dónde calcula que deben encontrarse?

—Cerca de... de París... Son esperadas para mañana por la noche.

—¿Cómo viajan esos artefactos?

—E-en... en camiones... de la TIR... Internacionales Europeos...

—Pero deben llevar un rótulo.

—El de Germain Rochelle... —susurró el ruso.

—Ya. ¿Van montadas?

—No... No, no.

—Entonces, en piezas. ¿Cómo? Quizá en envases de Rochelle, de su industria de fertilizantes. ¿Es así?

—Sí, así es...

—Y calcula que deben estar cerca de París —dijo pensativo, como hablando para sí mismo, Rufus—. ¿Por qué carretera viajan?

—Autoroute

A-L.

—La que pasa por Le Bourget...

—Sé eso; está bien. ¿Cuántos camiones componen el convoy?

—Tres... Uno por artefacto...

—Siga hablando, Krupnikoy —gruñó Rufus.

No tenía el atizador en la mano; el ruso se dejó engañar, y no despegó los labios. Sin descomponerse, Rufus puso de nuevo la punta del atizador en el fuego, y, como poco antes, sorprendió al ruso, revolviéndose, y lanzando la punta casi al rojo, sin mirar. Mala suerte para Krupnikoy, ya que la punta de hierro ardiente se le clavó en un pómulo, chamuscándolo dolorosamente.

Su grito, que empezó agudo, se hizo ronco, trémolo, cuando aquella ardiente punta le pasó por el dorso y dedos de la mano derecha, en una especie de cruz, que quedó de un color rojinegro, con la piel abierta en horrendas grietas.

—Supongamos que llegan los camiones, Krupnikoy —dijo Rufus—. Se supone que irán a descargar al complejo de Germain Rochelle, en horas nocturnas, y que esos camiones son esperados mañana por la noche. ¿Me equivoco?

—N-no... No...

—¿La carga se queda en Le Mans, o sigue otra ruta?

—S-sigue...

—¿Hacia dónde? ¿Con los mismos camiones? No. No lo creo. No tiene objeto que se presenten en Le Mans, pudiendo ir directamente al punto elegido. Hable.

—Cargarán en camiones propiedad de Rochelle... Otros

camiones de rutas nacionales... Van... van a Le Havre, donde espera un barco, para cargar las bombas atómicas...

—A un barco: Nombre, pabellón, datos de ese barco.

—Lo ignoró... Es cosa de Rochelle...

Rufus achicó un instante los ojos, pero no movió el atizador. Era probable que Krupnikoy ignorase aquellos datos.

—¿Hacia dónde parte el barco? —inquirió.

—Hacia el Atlántico Norte... Allí la carga será trasladada a un submarino.

—¿Tampoco conoce datos del submarino?

—No... Ignoro todo eso.

Rufus reflexionó unos instantes.

—Me queda algo por averiguar —dijo—. ¿Qué uso piensa hacer Rochelle de esos artefactos? Debe ser una operación importante para que Moscú, sin más, deje en el vacío a un grupo árabe y se interese por los planes de Germain Rochelle. Hábleme de la operación.

Todo indicaba que Krupnikoy pensaba resistirse; apretó los consumidos y doloridos labios, y cerró los ojos. No quería ver avanzar la punta del atizador.

Por muy remota que fuese, si existía una posibilidad de que se salvará la operación, debía intentarlo. Pero la punta de hierro, al rojo, le rozó todo el cuello; fue una brutal y ardiente caricia, que inundó el ámbito de olor a carne chamuscada.

Krupnikoy abrió los ojos; los tenía enrojecidos, desorbitados; tenía la impresión de que la punta al rojo estaba allí aún, en su cuello. No obstante, no era así, aunque Rufus la mantenía muy cerca de su rostro.

—No hablo porque sí, Krupnikoy —dijo Rufus—. Soy implacable. No sólo estoy convencido de que la operación tiende a causar un perjuicio de mayor o menor alcance a mi país, sino que han sido asesinados dos hombres de la CIA. Eso tiene un gran peso en mi comportamiento.

Y avanzó la punta al rojo.

En un desesperado intento por eludirla, Krupnikoy se echó hacia atrás, con tal violencia, que cayó, arrastrando el sillón. Se oyó un golpe seco, un escalofriante crujido, y Charlie y Rufus cambiaron una rápida mirada. Acto seguido, el primero se apresuró a examinar

al ruso, que no se movía ni reaccionaba en forma alguna.

—Está muerto —murmuró—. Se ha roto el cuello, Rufus.

—Si lo siento es porque todavía no ha terminado de decirnos todo lo que nos interesaba. Pero no importa... Bien, yo me ocuparé de conseguir esos últimos detalles. Mientras tanto, tú ponte en contacto con París A, y ocuparos de todo lo demás. No olvidéis que son tres bombas atómicas, Charlie.

—Descuida. Trabaja tranquilo por tu lado, que nosotros nos encargaremos de esa parte del asunto.

—De acuerdo. Y no perdamos tiempo...

CAPÍTULO IX

Naturalmente, todas las personas cometemos errores en la vida, pero a juicio de Elianne, el suyo había sido demasiado grande.

¿Qué necesidad había tenido ella de contraer segundas nupcias, aunque hubiese sido con un hombre tan atractivo y entonces simpático y amable como Germain Rochelle?

Podía haber tenido todos los hombres que quisiera a su disposición, y hasta más guapos, atractivos y simpáticos que Germain. Pero, así es la vida, y una vez se han hecho las cosas, hay que apegarse con ellas. Claro está que Elianne podía recurrir al divorcio, pero tenía la certeza de que Germain Rochelle había estado llevando las cosas, los negocios que había heredado de su anterior esposo de tal modo, que si se llevaba a cabo ese divorcio ella y Veronique quedarían completamente arruinadas, o como mínimo en una situación muy crítica.

En cuanto a Veronique... Bien, Elianne no tenía inconveniente alguno en que la muchacha se divirtiese lo máximo posible. Por ejemplo, aquel inesperado viaje a París con algunos de sus amigos, implicaba, naturalmente, no poca diversión. Y a fin de cuentas, lo único que vale la pena en la vida, es la felicidad... Una felicidad que ella ya no podía disfrutar a menos que Germain Rochelle volviese a ser el de los primeros tiempos, o ella recurriese al divorcio.

Y como quiera que no estaba dispuesta, ni mucho menos, a perder toda la fortuna que...

El timbre del teléfono distrajo las reflexiones de Elianne Rochelle, que se volvió hacia el aparato y tras un gesto de vacilación, decidió atender la llamada.

—¿Diga?

—Escuche con atención, *madame* —oyó una seca voz de hombre en perfecto francés—. Dígale a su marido. Germain Rochelle, que ha

llamado Dakkel Ben Halfa. Dígale también, que no ha debido menospreciarme, y que no me ha gustado en absoluto la jugada de él o de Krupnikoy, desapareciendo con los dos millones de dólares. Todo eso va a significar algunas represalias por mi parte. Y esas represalias, *madame*, la señalan a usted como primera víctima. Créame que lo siento, pero a fin de darle un escarmiento a su marido, no voy a tener más remedio que asesinarla.

Elianne Rochelle estaba lívida y petrificada por el asombro y el miedo. Tan petrificada, que no podía ni pensar lo bastante claramente para asimilar las palabras de aquel desconocido.

Cuando pudo reaccionar, fue para emitir unos cuantos tartamudeos.

—No se violente tanto, *madame* —continuó hablando el hombre—. En realidad, en el fondo me satisface que su marido me haya dado motivos para iniciar esta serie de represalias. Dígale también, que esta alegría mía es porque podré vengar a Sara. No olvido lo que hicieron los hombres de su marido con Sara, ni voy a pasar por alto esta estupidez de querer escamotearme los dos millones de dólares. Con todos mis respetos, *madame*, la informo de que va usted a morir.

Elianne se había recuperado ya lo suficiente para poder articular palabras, pero tampoco tuvo ocasión de hacerlo, porque en aquel momento a su oído llegó el clásico e inconfundible «clic» del auricular al ser colgado al otro extremo de la línea.

Cuando la puerta del saloncito se abrió bruscamente, Elianne no pudo contener un grito de espanto. Se quedó mirando con ojos desorbitados a Germain Rochelle, que en la puerta, la contemplaba con expresión inquisitiva y malhumorada.

—¿Quién ha llamado? —se interesó—. ¿Te ocurre algo?

Elianne comenzó a hablar entrecortadamente sobre la llamada telefónica que había recibido. Pero lo hizo de un modo tan embarullado, con tal histeria, que Germain Rochelle se acercó a ella, y sin más consideraciones la abofeteó duramente en ambas mejillas.

En el acto, Elianne Rochelle, tras un fortísimo respingo, quedó inmóvil en el sillón, mirando siempre con los ojos muy abiertos a su marido. En las mejillas lívidas de la mujer destacaban los dedos que acababan de impactar duramente en ellas.

—Eso es —asintió Rochelle con un gruñido—. Te serviré coñac, y espero que en un par de minutos estés en condiciones de explicarme de modo coherente lo que te han dicho en esa llamada.

Rochelle fue a servir el coñac, lo entregó a su esposa, ésta bebió la mitad de un solo trago, cerró los ojos y estuvo así durante varios segundos. Por fin, reaccionando poco a poco, abrió los ojos, tomó otro sorbo de coñac y se quedó mirando a su marido.

—¿Y bien? —inquirió éste.

Despacio, ya serena, Elianne Rochelle fue explicando a Rochelle lo que le había dicho aquel hombre por teléfono. Cuando terminó, quien estaba lívido, demudado el rostro, era el apuesto, altivo, y cada vez más desagradable Germain Rochelle.

Sin hacer ni un solo comentario a la explicación de su esposa, Rochelle fue al teléfono y pidió el número del hotel Moderno, solicitando comunicación con la *suite* del señor Clair Belfort. Pero la respuesta fue que el señor Belfort no debía hallarse en el hotel, puesto que no contestaba al teléfono de su *suite*.

Con un brusco manotazo, Germain Rochelle colgó el teléfono, qué se quedó mirando con expresión enfurecida, desorbitada. El maldito Krupnikoy se había largado con los dos millones y le dejaba en una situación difícilísima. Otra vez estaba por allí el grupo árabe con exigencias y amenazas, y esta vez, Rochelle no podría contar con ninguna clase de ayuda por parte de los rusos. ¿Era posible que un agente soviético capacitado cometiese la estupidez de arriesgar una misión como aquélla para largarse con dos cochinos millones de dólares?

Bien, posible o no, era cuando menos evidente.

Tras reflexionar sobre esto, Rochelle descolgó de nuevo el auricular y marcó otro número. A los pocos segundos, oía al otro lado de la línea la voz de Lucienne.

—¿Sí?

—Soy yo, Lucienne El estúpido de Krupnikoy se ha largado con dos millones de dólares que puse en sus manos para resolver una situación molesta, creada por el árabe Dakkel Ben Halfa. Ése árabe cree que hemos intentado burlarnos de él nuevamente, y está amenazando con represalias, cuya primera víctima será mi esposa. Y como no estoy, dispuesto a permitirlo, voy a tomar mis precauciones. Así que envía aquí inmediatamente a Cyr Genevois y

a Valmeroux. ¿Has comprendido?

—Por supuesto que sí, *monsieur*.

—Ellos ahí no hacen nada, puesto que su única labor consiste en ocuparse de los envases y camiones. En cambio, aquí necesitamos protección personal. Antes de media hora deben estar aquí, bien armados y dispuestos a vigilar. Por supuesto que no pienso permitir que ese perro árabe asesine a mi esposa y me busque complicaciones legales con la herencia y demás negocios.

—No se preocupe, *monsieur*. Nos ocuparemos de eso inmediatamente.

—De acuerdo. Y otra cosa... Quizá Krupnikoy haya dejado en el hotel alguna nota para alguien, o si ha salido precipitadamente, quizá se pueda encontrar algún indicio que nos ayude a localizarlo. Manda allí a alguien. A Aubad y Claude, por ejemplo. Pero que sean discretos en el registro de la *suite* de ese maldito ruso. Por más que me parece inútil, pero algo debemos hacer para intentar, salir de ésta inesperada complicación.

—Seguiremos sus instrucciones al pie de la letra, no se preocupe.

—De acuerdo. Y tened mucho cuidado todos.

De nuevo colgó bruscamente Germain Rochelle el auricular, aunque con menos violencia que la vez anterior. Se volvió a mirar a su esposa, que lo estaba contemplando asustada.

—¿Qué miras con esa cara de estúpida? —Gruñó Germain Rochelle.

—Germain..., ¿qué es lo que ocurre? ¿Qué significa todo eso del árabe, de Krupnikoy, de dos millones de dólares?

—Ocúpate de tus asuntos y déjame a mí con los míos.

—Bueno —desvió la mirada Elianne, amedrentada—, es que has hablado de heredarme y de entrar en posesión de otros negocios..., y yo creo que todo eso sí es asunto mío, Germain.

—No seas estúpida —rezongó Rochelle—. Ya has visto que he pedido protección para ti.

—Has pedido protección para nosotros —puntualizó la mujer—. Yo más bien pienso que solamente para ti..., y que no te importaría demasiado que ese hombre me matase.

—¡Vete al demonio! —masculló Rochelle—. Bastantes preocupaciones y complicaciones tengo en estos momentos para atender al histerismo de una mujer estúpida.

Y dicho esto, Germain Rochelle abandonó el saloncito de su esposa, cerrando con violencia la puerta.

¡Ah, si pudiese cazar a aquel maldito árabe, aquel puerco llamado Dakkel Ben Halfa...!

A raíz de su intrusión de la noche anterior en aquel terreno, Rufus Carmichael sabía muy bien hacia dónde dirigirse, lo cual representaba una notable ventaja. Sin vacilar, pero tomando precauciones, sin prescindir de su barba y cabellera de color oscuro, y tras su llamada a *madame* Rochelle, se dirigió hacia la entrada del almacén de las industrias de Germain Rochelle.

Pasó al almacén, a la entrada, que era una gran nave distribuidora. Había varias entradas, un montacargas, un ascensor... Todo ello un poco desconcertante, y peligroso, ya que cualquier error podía costar caro, por más que Rufus, con su llamada a Elianne, se había asegurado de que alguien saldría del complejo, como así fue, en efecto, y a la vista del agente de la CIA: cuatro hombres habían abandonado aquel lugar.

La mirada de Rufus iba, alternativamente del ascensor al montacargas. Uno de aquellos elevadores podía conducirlo al terreno que necesitaba, y estaba eligiendo cuando vio que funcionaba el ascensor. Se percibía un sonido, y se veía el deslizarse de los cables, por el cristal de la puerta de aquella planta.

Rufus se deslizó hacia un lado, de modo que si alguien descendía del ascensor en la planta, y abría la puerta, ésta le ocultaría; sólo tenía que agazaparse un poco, para no ser visto a, través del cristal.

Segundos más tarde se detenía el ascensor, y Tryosse hizo su aparición en la planta, completamente confiado, si bien en su rostro se reflejaba alguna preocupación, por otros problemas; las cosas, a su entender, no iban muy bien, por la jugada del ruso...

Por supuesto, cuando iba a cerrar la puerta fue cuando vio a Rufus. Respingó fuertemente, sobresaltado..., y eso fue todo lo que pudo hacer.

Ya estaba en manos del implacable agente de la CIA, que estaba actuando sin producir el menor ruido; en todo caso, los únicos sonidos eran los que brotaban, muy apagados, de la garganta de Tryosse, que estaba rodeada por un alambre, que Rufus sujetaba con ambas manos por los extremos, y daba espeluznantes tirones,

clavando el alambre en el cuello de Tryosse.

A la desesperada, Tryosse sólo pudo hacer una cosa: lanzar las manos hacia atrás, con lo que consiguió aferrar los cabellos negros de Rufus. El sonido que emitió la garganta de Tryosse pareció de triunfo: le bastaría un brutal tirón de cabellos para que aquel tipo le soltara, inevitablemente, pasando por encima de él...

Tryosse, estrangulado, murió con una cabellera negra en las manos, sin que Rufus Carmichael hubiese sufrido la menor molestia. Se diría que Tryosse murió víctima del asombro, con ojos como globos, enrojecidos, mirando, sin verla, aquella cabellera oscura que estaba entre sus engarfiados dedos. Cuando Rufus retiró el alambre, Tryosse se desplomó, sin soltar la cabellera: bien, era su trofeo.

El agente de la CIA se quedó mirando el cadáver. Era peligroso dejarlo allí, a la vista. No había duda de que abajo había más gente. Miró hacia las entradas a otras naves, solitarias y a oscuras, pensártelo ocultar el cuerpo en cualquiera de ellas, cuando el ascensor comenzó a funcionar de nuevo, descendiendo.

Rápidamente, Rufus agarró por un brazo al muerto, y lo arrastró hacia detrás de la puerta. Desenfundó su automática silenciosa, y se apostó de modo que pudiera sorprender a quien estuviera utilizando el ascensor, que ya subía. En verdad, Rufus Carmichael ofrecía un extraño aspecto, con su pelirroja cabellera desgredada, la falsa barba negra, aquellos ojos infinitamente fríos...

Se mostró cortés, sin embargo, una vez el ascensor llegó a la planta. El mismo abrió la puerta, y recibió con una fría sonrisa a Gilíes Lafitte, quien se vio tan sorprendido como Tryosse unos minutos antes. Alguien le abría la puerta, le mostraba una automática, y le invitaba a salir.

—Salga, vamos —ordenó Rufus.

Gilíes vaciló unos instantes, pero acabó por obedecer en silencio. Una vez fuera del ascensor, Rufus cerró las puertas, y quedó visible el cadáver de Tryosse, horrible, hinchado y amoratado el rostro, con su trofeo peludo en las manos.

Gilíes miraba al muerto y a Rufus, impresionado.

—¿Quién es usted? —inquirió, por fin.

—De momento, agarre ese cadáver. Cargue con él, y camine hacia la primera entrada de la derecha.

—¿Qué pretende?

—Algo obvio: estar en lugar discreto. Podemos celebrar entre usted y yo un tête-à-tête, ¿le parece bien? Cargue con el cadáver.

Gilíes buscaba la oportunidad de atacar, pero aquel hombre, que evidentemente había estado utilizando un disfraz, estaba ya atento, con el dedo acariciando el gatillo de la pistola, y una sonrisa capaz de helar el agua.

Gilíes se inclinó, dándole la espalda a Rufus, y pensó que asestando una especie de coz podía sorprenderlo, o por lo menos, desviarle la pistola, con lo cual anulaba la ventaja de aquel hombre. Inclinado, simulando ir a agarrar el cadáver de Tryosse por las axilas, Gilíes fue a descargar su golpe, pero algo, de pronto, se estrelló contra su oído izquierdo, con medida fuerza, buscando el punto doloroso, paralizante, que dejó a Gilíes de rodillas, lloroso, con silbidos tremendos en aquel oído.

—Sólo le dije que cargara con ese cuerpo, no que intente imposibles —gruñó Rufus—. Hágalo, y camine.

Gilíes sacudió la cabeza, adoptó una postura más idónea, y cargó con el cuerpo de Tryosse.

Vaciló un poco al principio sobre sus pies, pero recuperó las fuerzas, y caminó guiado por Rufus. Penetraron en aquella nave, y el agente de la CIA decidió utilizar su foco luminoso, para no verse obligado a encender la luz. Un foco de potente luz sorda, con el que recorrió aquella nave, en la que había varias calderas distribuidas, con los correspondientes tubos de entrada y salida de líquidos; probablemente, ácidos para tratar las sales potásicas, y convertirlas en fertilizantes. Y alguna de aquellas calderas debía contener ardiente y venenoso nitrato.

En cada caldera había unas escalerillas metálicas adosadas, y Rufus señaló una de ellas.

—Suba a esa escalera y arroje ahí el cadáver.

—Usted ignora...

—Y no baje; quédese en lo alto de la escalera. Tal vez no sea una posición muy cómoda para hablar, pero no estoy en mi casa, y no estoy obligado a ser cortés. ¡Arriba!

—¡Es ácido nítrico!

—Magnificó. Suba.

Bamboleándose por las escaleras, con la mente ocupada en busca de una oportunidad, Gilíes subió. Ya casi al borde, fue

dejando deslizar el cuerpo de Tryosse a la caldera del destructivo ácido, con gran lentitud, de modo que no se produjeran salpicaduras. Y, en efecto, segundos más tarde, el cuerpo de Tryosse estaba sumergido en el interior de la caldera. Arriba, expectante, arrugado y pálido el rostro, con el miedo aleteando en sus ojos, estaba Gilíes que, en cualquier momento, intentaría el salto. Aquel tipo no debía ser tan listo, ya que le daba una posición de cierta ventaja...

—¿Quién más hay abajo? —inquirió Rufus.

—Lucienne y el cartógrafo —dijo Gilíes.

—¿Un cartógrafo? ¿Se dedican a confeccionar mapas?

—Tal vez.

—¿Quizá de una zona única, determinada? —sugirió Rufus.

—Es posible.

—No me gustan esas ambigüedades. Hábleme de la zona.

—Estoy muy flojo en Geografía.

—¿Para qué quieren las bombas atómicas?

Gilíes pestañeó. Por sus ojos pasó el relámpago que Rufus estaba esperando. Gilíes, a la desesperada, iba a intentarlo; quizá su salto tuviera fortuna... Pero no. No la tuvo. En realidad, ni llegó a saltar; el cerebro dio la orden, pero para entonces ya la pistola de Rufus había lanzado una llamarada cárdena y el plomo alcanzó a Gilíes en una clavícula. En realidad, Rufus sólo quería herirlo y que cayera a sus pies, pero el efecto del impacto tiró hacia atrás a Gilíes, que emitió un grito de terror, cuando fue impulsado hacia las ardientes burbujas...

El agente de la CIA se acercó a las escaleras, y subió para echar un vistazo: no había nada en la superficie.

—Así aprenderéis a asesinar agentes de la CIA —susurró, descendiendo:

Lucienne contemplaba aquel trabajo, sentada a medias en el borde de una mesa, de modo que sus magníficas piernas se veían desde medio muslo, donde llegaban las botas, hasta un palmo más arriba; su cabellera negra, algo ladeada, le tapaba un lado del rostro.

—Es un buen trabajo, Lucienne —dijo D'Esserant,

el cartógrafo.

—Si usted lo dice...

—Todo está perfectamente señalado. Por poco experto que sea el personal que, va a manejar esta carta, ha de anotarse un rotundo éxito. Por otra parte, pienso que no vamos a enviar precisamente a imbéciles, sino a hombres avezados, aparte de ser capaces de descifrar todos los datos anotados en la carta. Son de facilísima interpretación.

—¿Por qué no se decide a acompañar a la expedición,

D'Esserant?

—inquirió Lucienne, balanceando una pierna.

—No soy hombre de acción... Ustedes ya saben eso. He realizado un trabajo delicado que...

—Se le paga bien por él, ¿no es así?

—No me quejo. Pero repito que no soy hombre de acción. Además, todo está perfectamente claro en este mapa. Ustedes han, obtenido unos datos asombrosos, sorprendentes. Hasta ahora, no se me había pasado por la imaginación que por Thule pudiera ocurrir algo así... En fin, yo he concluido, Lucienne.

Lucienne abandonó su indolente postura, y quedó en pie. Una vez más examinó la carta. La entendía perfectamente, porque

D'Esserant

le había dado toda clase de explicaciones, así que se sentía capaz de llegar a ciegas a los lugares estratégicos señalizados en el mapa.

—Ha de cobrar,

D'Esserant

—dijo.

—Sí. ¿Es posible esta misma noche? Quiero regresar a París cuanto antes.

—Aguarde unos instantes.

Lucienne fue hacia el teléfono, y marcó un número. La sorprendió la prontitud de la respuesta de Rochelle quien, sin duda, estaba esperando más noticias del grupo árabe; o quizá noticias de Krupnikov.

—Hola, ¿quién llama? —Sonó la voz de Rochelle.

—Soy Lucienne, *monsieur*.

—Lucienne... ¿Ocurre algo ahí?

—No, de momento. Se trata de *monsieur*

D'Esserant,

que ha dado por finalizada su labor. Debo confirmar que todo ha quedado perfecto, *monsieur*: la carta es de una gran precisión, el estrategia más torpe la comprendería con facilidad. Oh, pero le llamaba porque *monsieur*

D'Esserant

quiere cobrar, tiene prisa. He insistido para que acompañe a la expedición; pero no se atreve.

—Bien, págale. Ya sabes..., moneda corriente para estos casos, Lucienne.

—Entendido, *monsieur*.

—Otra cosa, Lucienne: avísame de inmediato si se produce ahí alguna novedad. El árabe no ha vuelto a dar señales de vida, ni aparece Krupnikov... Me estoy volviendo susceptible, desconfiado; hay cosas que, meditadas fríamente, no encajan, como la traición del ruso... Hay que tener los ojos bien abiertos.

—Descuide, *monsieur*.

Lucienne colgó el aparato, despacio, y se volvió hacia

D'Esserant,

que estaba cerrando su portafolios. Todo estaba listo, él abandonaba ya el asunto tras haber realizado un importante trabajo que le reportaba un cuarto de millón de nuevos francos.

—¿Me paga usted, Lucienne, o debo ir a la villa de *monsieur* Rochelle? —inquirió el cartógrafo.

—Yo lo haré,

D'Esserant.

Tranquila, con un leve contoneo de sus finas caderas, Lucienne se dirigió, hacia el escritorio. Al inclinarse, sus senos, bajo el jersey sin prenda sujetadora alguna, atrajeron la mirada de

D'Esserant.

Fue un breve pero maravilloso espectáculo. Mucho más, por ejemplo, que el que ofrecía en aquellos momentos Lucienne con la automática en la diestra.

Lucienne no perdió mucho tiempo: las ejecuciones son, por lo general, un trabajo desagradable... Allí, fría la mirada, firme la mano, apretó por dos veces el gatillo del arma.

D'Esserant gritó. Un grito corto y agudo, que murió con un

gorgoteo de sangre, qué manaba del orificio abierto en el cuello. El otro orificio, casi sobre la ceja derecha, era menos espectacular, pero tanto o más eficaz que el primero.

D'Esserant,

que había avanzado las manos con la inútil, ingenua pretensión de detener con ellas las balas, cayó de espaldas, aún con las manos extendidas. Y allí quedó, de cara al techo, con un ojo abierto, saltón, y el otro lleno de sangre.

—Moneda corriente... —musitó Lucienne, sonriendo.

Contempló unos instantes el cadáver, y luego, dejó la pistola en el cajón. Decidió que lo mejor sería avisar a Tryosse y Gilfés, para que hicieran desaparecer aquel cuerpo. Como si a

D'Esserant

se lo hubiese tragado la tierra:

Fue hacia la puerta, rodeando el cadáver del cartógrafo, y abrió: Un segundo más tarde, abrió mucho los ojos. Una mano grande, durísima, de largos dedos acerados, tapaba su boca, y la empujaba de nuevo al interior de aquella estancia. Lucienne se encontró con la espalda pegada al cuerpo de aquél hombre, que entraba con ella como escudo, y automática en mano.

No obstante, Rufus, al ver el cadáver de

D'Esserant,

dejó oír una risa breve y seca. Soltó a Lucienne, empujándola a un lado.

—Sobran las precauciones, veo —dijo.

Lucienne no despegó los labios. Rufus esbozó una sonrisa, y avanzó unos pasos hacia la mesa, donde estaba la carta desplegada. Le echó un vistazo, y en seguida miró vivamente a Lucienne.

—Somos muy pocas las personas que sabíamos esto —murmuró—. ¿Cuál es su nombre?

—Lucienne —musitó ésta—. Lucienne Scize.

CAPÍTULO X

La palidez de Lucienne resaltaba mucho en aquellos momentos. Por su parte, Rufus había examinado de nuevo aquella carta, descubriendo otros datos. En apariencia, no prestaba excesiva atención a Lucienne, en opinión de ésta, que había empezado a deslizarse hacia la mesa, con un único objetivo: tomar la pistola.

La hizo respingar la seca orden de Rufus:

—No siga avanzando. Permanezca quieta.

Quizá más que la orden oral de Rufus, fue su voz seca, metálica, lo que detuvo a Lucienne, dejándola como petrificada. Mientras, el agente de la CIA empezaba a plegar la carta, en varios dobleces, y luego la guardó en un bolsillo interior de la cazadora. Sin dejar de mirar a Lucienne, se dirigió hacia el teléfono. Marcó un número.

La respuesta llegó de inmediato, con cierta ansiedad:

—¿Quién es?

Rufus hizo unos gestos con la boca. Luego, brotó de su garganta una voz apagada, que hizo abrir mucho los ojos a Lucienne; una vez que formulaba unas palabras secas, de reproche:

—Usted, Rochelle, no cuida muy bien sus asuntos.

—Krupnikov... ¿Dónde está? Ben Halfa dijo que usted se había ido con el dinero, y... Mire, es mejor que nos veamos inmediatamente...

—Soy de su opinión.

—Pero ¿dónde está? ¿Por qué dice que no cuido bien mis asuntos?

—No ha sabido rodearse del personal idóneo.

—No comprendo.

—Está claro. Entré en sospechas, y fingí tan sólo mi desaparición, para hacer saltar la trampa en que estábamos cayendo.

—Ben Halfa no podrá hacernos el menor daño.

—No se trata ahora del árabe —masculló, sordamente, Rufus—. Es algo que usted ha tenido cerca, muy cerca, sin verlo.

—Sigo sin comprender, Krupnikov.

—Le estoy hablando de Lucienne y el cartógrafo.

—Pero...

—¡Usted no sabe dónde se encuentra la traición! Le explicaré lo que he descubierto, mientras he permanecido oculto, para cerciorarme de ciertas cosas. Y usted comprenderá mi actitud, puesto que por mi mediación, Moscú pone en sus manos tres bombas atómicas. Yo soy responsable en grado sumo de lo que pueda ocurrir, y estoy obligado a tomar toda clase de medidas. Pero vayamos el grano: Lucienne y el cartógrafo iban a huir juntos, con los datos que poseemos, con la carta... Pienso que iban a ofrecerla por su cuenta a otra potencia.

—¡No es posible! ¡Pero si Lucienne acaba de llamarme para...! ¡La muy puerca! Supongo que ha pretendido ganar tiempo engañándome... ¡Hay que impedirles que lo consigan, Krupnikov!

—Por supuesto. ¿De qué cree que me he ocupado? Ahora, tengo yo la carta, y antes de proseguir adelante con la operación, quiero cerciorarme de que usted es digno de la suficiente confianza como para recibir ese arsenal atómico. Por lo pronto, he matado al cartógrafo, y tengo en mis manos a Lucienne.

—Krupnikoy, le aseguro que jamás hubiese sospechado de Lucienne...

—Atengámonos a los hechos. Quiero hablar con usted. Estoy en el complejo de su propiedad.

—Está bien... Gilíes y Tryosse cooperarán con usted, por si necesita...

—No he pensado comunicar a ellos lo que sé, de momento. Lucienne se niega a confesar si están implicados en la traición. Lucienne es dura, *monsieur*, pero tenemos que hacerla hablar. Hay que averiguar muchas cosas. Por ejemplo, a qué potencia pensaba vender la carta... Pero no perdamos más tiempo: le espero.

Fue entonces cuando Lucienne reaccionó, a la desesperada, abalanzándose contra el agente de la CIA, para arrebatarle el aparato, para poder gritar que todo eran mentiras... Avanzó, tratando de gritar, de quitarle a Rufus el aparato, pero éste reaccionó con una brusquedad que Lucienne jamás hubiese

imaginado: Lucienne recibió un puntapié en el vientre que la dejó doblada, sin aliento, con unas súbitas gotas de sudor, gruesas y frías, bañándole el bello rostro.

Impasible, Rufus concluyó:

—No se demore, *monsieur*.

Y colgó el teléfono.

Luego, cuando Lucienne aún se encontraba en plena agonía, se dirigió hacia donde estaba el cadáver del cartógrafo. Le quitó el cinturón y la corbata, así como el pañuelo de bolsillo. Se acercó a Lucienne, que trataba de incorporarse, pero era como si se le hubieran pegado las entrañas; si trataba de erguirse; el dolor era insufrible. Fue fácil para Rufus agarrar los brazos de Lucienne, situarlos a la espalda, y atarle las muñecas con el cinturón; a continuación, la sentó de un empujón en una silla, y le ato los pies con la Corbata.

—Quiero hacerle unas preguntas, Lucienne.

Ella boqueaba; por fin, entraba un poco de aire en sus pulmones. El dolor cedía, con lentitud.

—Proporcionéme todos los datos relativos al barco y al submarino que debían recoger esas cargas atómicas. Es obvio que tanto en el buque como en el submarino hay hombres expertos en la ciencia atómica, dado que las bombas llegan por piezas, y; hay que montarlas e instalarlas. Hay que situarlas según la carta, en las zonas señalizadas. Todo ello indica que la fuerza principal del grupo de Germain Rochelle se encuentra en el barco y el submarino.

—No... no soy una traidora.

—Está en un grave aprieto, Lucienne.

—No esté tan seguro... Cuando llegue *monsieur* Rochelle sabrá la verdad, y...

—Para usted será tarde. Por otra parte, estoy dispuesto a utilizar cualquier procedimiento para hacerla hablar, desde dejarla ciega lentamente, hasta cortarle las manos. Esos datos son imprescindibles para mí. Ahora. Ahora mismo. No pienso dilatar el tiempo más allá de cinco minutos. Tengo prisa.

—Peor para usted, entonces...

—Para los dos, Lucienne. ¿Cuál ojo quiere que le arranque primero?

La mano derecha de Rufus se acercó al rostro de Lucienne, que

gritó cuando el dedo pulgar comenzó a presionar en su ojo izquierdo...

—El... el... el barco se llama Maransin, y está surto en el muelle viejo municipal de El Havre...

—Donde los cascarones viejos a los que nadie hace caso... Muy bien. ¿Y el submarino?

—Está por islas del Atlántico Norte, esperando el \ aviso... Se supone que el encuentro del barco y el submarino tendrá lugar a la altura de las Islas Feroe... Allí debe efectuarse el traslado de las cargas. El barco será hundido, y la dotación pasará al submarino, ya que en éste, en la actualidad, sólo están los tripulantes, y, aislados, los científicos que han de trabajar con las bombas.

—Gracias, Lucienne.

Se acercó a ella, y la amordazó utilizando el pañuelo del cartógrafo. Luego, sacó la pequeña radio de bolsillo, y apretó el botón de llamada.

—¿Sí? —Oyó en seguida la voz de Charlie.

—Atención, Charlie: ve al refugio donde está la emisora, llama a París A, y transmítele este mensaje: que detengan ya a los hombres que viajan con los camiones, y se hagan con toda clase de datos para que personal nuestro pueda sustituirlos. ¿Comprendes?

—Sigue.

—Esos mismos camiones serán los que proseguirán camino hacia El Havre, para depositar allí unas cargas, que no serán las atómicas, precisamente. Es decir, hay que apoderarse de esas bombas, y efectuar un cambio, para el que París A deberá recurrir al arsenal de su red. Se trata de que en los envases viajen bombas de tiempo, plazo largo. Esos envases con los explosivos convencionales serán trasladados a un buque francés, el Maransin, surto en los muelles municipales viejos de El Havre. A su vez, y a su debido tiempo, calculo un par de días de navegación, esos envases, que nadie tocará en el buque, deberán ser trasladados al submarino, a la altura de las Islas Feroe. París A que estudie y cronometre la operación; supongo está claro. Inmediatamente, desplázate al refugio, Charlie. Hasta luego.

Colgó. Miró a Lucienne, frunció el ceño, y se acercó a ella. Le bajó la mordaza de un tirón.

—Háblame de los monolitos. ¿Cómo recubrís a los cadáveres

que luego depositáis en el campo?

—Hay... una puerta, a la izquierda, y unas escaleras...

—Bien. Volveré pronto, sólo voy a echar un vistazo.

Le subió de nuevo la mordaza, y luego se alejó en busca de aquella puerta.

No quería recibir ninguna sorpresa, si Rochelle llegaba con refuerzos. Lo más probable era que no, ya que la amenaza del árabe estaba dirigida contra su esposa, y era a ésta a quien no dejaría sola...

Al apearse del auto, Germain Rochelle le dijo al chófer:

—No te muevas de aquí, Rene.

No esperó respuesta, pues sabía que sería obedecido con toda fidelidad. No como la maldita Lucienne...

De D'Esserant

podía esperarse, cualquier cosa, pero no de Lucienne. La iba a destrozarse con sus propias manos, a la maldita. Ella había movido un tinglado que podía haberle hundido, de no ser por la previsión y astucia del ruso.

Fue hacia el ascensor, atravesando la solitaria y silenciosa nave de distribución. Instantes más tarde, estaba en la jaula descendente, y poco después llegaba al sótano. Fue hacia el despacho, por debajo de cuya puerta se veía luz.

Abrió aquella puerta con violencia, y pasó a la estancia.

Ella le vio, y sus ojos se abrieron mucho. De su amordazada boca brotaban ahogados sonidos ininteligibles. Pero Rochelle no quería explicaciones. Sacó la pistola, apuntó a uno de aquellos ojos desesperadamente abiertos, y apretó el gatillo.

—Es lo menos que mereces, perra —masculló.

Lucienne arrastró la silla en la caída, y mostraba una patética silueta, una figura que aún arrancaba jadeos de rabia en Germain Rochelle. Éste miró en torno. La carta... Sí, la tenía el ruso. Iría a ver si le encontraba; debía estar allí... Se metió la pistola en el bolsillo, pero sin soltarla, sin sacar la mano. Abrió la puerta del despacho, y la sorpresa le dejó inmóvil unos instantes. Luego, relámpagos de ira empezaron a aparecer en sus pupilas azules.

—Usted... usted es... Rufus Carmichael, el amigo de... ¿Qué demonios está usted haciendo aquí?

—Soy así, *monsieur* Rochelle.

Germain Rochelle estaba petrificado; su mano, tocando la pistola, parecía de madera, pero comenzó a reaccionar. Fue entonces cuando, de un súbito tirón, Rufus le hizo sacar la mano del bolsillo, y le arrebató la pistola, que tiró al interior del despacho.

—Le agradezco la ejecución de Lucienne —dijo Rufus—. Hay cosas que suelen ser desagradables.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué...?

—Lucienne, sin duda, era una buena colaboradora de usted. Pero vayamos de paseo, al subsótano. He girado una corta visita, y he visto algunas cosas interesantes. Por cierto que, mientras bajemos, podemos ir hablando de algunas cosas de interés mutuo, *monsieur* Rochelle. Por ejemplo: ¿de dónde sacó la información referente a lo que sucede en la base de Thule, en Groenlandia? Usted, todo el mundo, conoce la importancia de esa base estratégica estadounidense, ¿no es así? Es una base polar de valor incalculable en caso de guerra, e incluso de paz, por su posición en plena ruta de aviación polar. Aparte de ello, en Thule hay congregada una estimable potencia nuclear de mi país. Pero a lo que íbamos: ¿de dónde obtuvo la información de que Thule, la base, presenta casi en su totalidad unas grietas en sus emplazamientos sobre los hielos? Grietas muy peligrosas, puesto que podrían desgajarse, con lo cual, Thule, con todas sus instalaciones, en cualquier momento podría convertirse en una isla flotante, aguas atlánticas abajo, con el consiguiente y paulatino deshielo, que costaría a Estados Unidos perder la base, derretida, y lo demás hundido en el Atlántico. ¿Quién le informó de todo eso?

—Ymonville... Está en el submarino...

—Bien. Temí tener un traidor en Thule. Baje.

CAPÍTULO XI

Descendieron al subsótano, al lugar donde el techo era roca viva, con grandes erosiones, con las paredes de las mismas características, con aquella única puerta bien encuadrada herméticamente en la roca.

—¿Qué iba a hacer con las bombas atómicas? —inquirió Rufus, de pronto—. Hágase a la idea de estar derrotado, Rochelle. Hice hablar a Krupnikoy, a Lucienne también. Usted no es más fuerte que ellos, ¿lo comprende? Usted, de lo que es acción, sólo sabe ordenar. Y no espere ayuda, puesto que los dos hombres que estaban con Lucienne han muerto. Como Krupnikov. Nadie se presentará aquí, ya que debe proteger a su esposa de una amenaza que en ningún momento he pensado poner en práctica. ¿No ha comprendido todavía que yo soy Ben Halfa? Supongo que sí... Todo estaba encaminado a que usted y yo estuviéramos aquí, a solas. Le he preguntado qué iba a hacer con las bombas atómicas.

Germain Rochelle soltó un jadeo.

—Usted que es tan inteligente, ha debido comprenderlo ya.

—Sólo lo imagino.

—Acierta si piensa que esas bombas iban a ser colocadas en las principales grietas que han aparecido en los emplazamientos sobre hielo de la base de Thule. Al ser disparadas esas bombas, las grietas habrían convertido Thule, como usted dijo, en una isla flotante sobre hielo, sin la menor protección, ni posibilidades de ser salvada... Las explosiones atómicas habrían desgajado Thule de Groenlandia, y su base naufragaría aguas abajo, hacia el Ecuador, por el Atlántico. Todo hundido, perdido: millones y millones de dólares, potencial nuclear, estrategia... Eso es lo que íbamos a hacer: convertir las grietas en cortes definitivos en los hielos, separando Thule de Groenlandia.

—¿Idea suya?

—Sí.

—¿Va a decirme que por ideología?

—No soy un estúpido, Carmichael. Cuando hago algo, pienso lo que voy a ganar.

—Y en este caso concreto..., ¿qué iba a ganar?

—Los rusos pagaban bien. Y de haber dispuesto yo del potencial atómico suficiente, aún habrían pagado mejor, mucho mejor. Pero me cuestan mucho dinero esas bombas. Los rusos, por la desaparición de Thule, me pagan cien millones de francos. Bien..., parecía un buen negocio. Me pregunto si de veras todo me lo ha estropeado usted.

—Modestamente, debo decirle que es cosa mía. Acostumbro a trabajar así. Cuando yo digo misión cumplida, Germain Rochelle, significa que de mis enemigos apenas queda la carroña inaprovechable. Por supuesto, este caso no será una excepción. Ni siquiera piense que va a salvarse su equipo de científicos, ni el barco, ni el submarino. Yo lo aplasto todo.

Germain Rochelle apretó los labios.

¡Si pudiera meterse en la estancia del láser...!

Trató de distraer a Rufus.

—Carmichael, usted sabe lo que significa el poder, el dinero...

—Y la decencia, a veces. Usted no es estadounidense, Rochelle, y además es mi enemigo. Yo no tengo por qué ser decente con mis enemigos. Por otra parte, usted ignora una cosa: esas grietas, hoy, están siendo estudiadas por los más expertos científicos que tenemos en mi país, y se cree, se tienen fundadas esperanzas, de que se podrá evitar la catástrofe.

—Pero de haberse producido las explosiones atómicas, no.

—Ciertamente. En ese caso, todo el mundo, con estupor, habría sabido que Thule naufragaba hacia el Ecuador, derritiéndose, perdiendo por el camino cientos de megatonnes, miles de millones de dólares.

—Bien pensado —murmuró Germain Rochelle—, debí exigir mucho más a los rusos. Pero temí despertar demasiada ambición por su parte y que me eliminaran para realizar por sí mismos la operación. Me conformaba con esos cien millones de francos, que, en lo sucesivo, me habrían permitido acometer otras empresas... Mi organización estaba creciendo mucho, Carmichael.

—¿Tiene algún archivo de actividad?

—En absoluto. No dejo constancia jamás de mi actuación. Muchas cosas que han sorprendido al mundo, se deben a mi mano; algunas matanzas incluso, en focos de tensión. Pero..., ¿de veras quiere más explicaciones?

—No. Es suficiente.

Rufus, entonces, dio unos pasos, como al descuido, y Rochelle vaciló. Las balas eran más rápidas que sus piernas... ¿Qué estaba haciendo Carmichael?

Sencillo: Rufus cerró la puerta del subsótano que daba acceso a las escaleras; la cerró con llave, y guardó ésta en un bolsillo del pantalón, de modo que los dos hombres quedaron aislados allí dentro. Luego, se acercó a Rochelle.

—Lo que voy a hacer es en memoria de dos agentes de la CIA que han muerto aquí. Dos hombres que no hablaron, dos hombres que supieron guardar silencio. Dos hombres que valían infinitamente más que usted y sus sicarios. Digamos que entre usted y yo se va a entablar una competición... deportiva. Sí, deportiva. Se trata de ver quién de nosotros dos llega antes a aquella puerta —señaló la estancia del láser.

Germain Rochelle sintió la boca muy seca.

—Usted tiene ventaja... —musitó.

—Eso creo. Y pienso aprovecharla. Eche a correr cuando quiera, Rochelle. Tiene una oportunidad..., aunque sea entre un millón. ¡Vamos, corra!

Germain Rochelle aún vaciló. Se sintió sin fuerzas, perdido, atrapado.

De pronto, con un chillido de rabia, Germain Rochelle inició la carrera. Pero Rufus le colocó una zancadilla que le hizo rodar por el suelo, desplazándole, alejándole de aquella meta, que significaba la vida..., o la muerte. Rochelle perdió la noción de la distancia, de sus posibilidades. Sólo pensó que el maldito agente de la CIA había jugado sucio con él. ¡Mentira que pensara darle una oportunidad...!

Cuando Rochelle quiso darse cuenta, de rodillas, mirando en torno, ya Rufus Carmichael abría la puerta de la estancia donde se encontraba el láser. Y con rapidez, se situó detrás del aparato, retirando la funda, dejando visible el temible, implacable tubo. Fue entonces cuando Rochelle quiso correr hacia algún rincón que le

protegiere...

Pero apareció el haz de luz continua, vivísima, hacia el techo.

Hacia las rocas, que empezaron a licuarse, a convertirse en ardiente lava por encima de la cabeza de Germain Rochelle, que gritaba, loco de terror, sin encontrar el rincón adecuado para salvarse, por la sencilla razón de que no existía... El láser, manejado por Rufus, seguía apuntando al techo, derritiendo roca, vertiéndola sobre el aterrado Rochelle, que la recibía en la espalda, pies, brazos..., ya en el rostro.

Era como una momia viva, que huía del horror.

Quizá estaría mejor dicho que trataba de huir, porque Germain Rochelle no era ya más que un pegote de roca que empezaría a solidificarse; un pegote ya sin gritos, con escaso movimiento; una figura fantasmal, que acabó por convertirse en algo inmóvil en el suelo, materialmente recubierto por roca.

Rufus Carmichael, entonces, dejó el láser. Desde su puesto, detrás del aparato, miraba en qué se había convertido aquel hombre, la expresión de Rufus nada delataba. Nada... Ninguna emoción ni sentimiento. Se dedicó a retirar unos cables, unas conexiones, inutilizando el láser, lo que constituía su potencia: la barra de rubí. La guardó en un bolsillo, y no se molestó en tocar nada más.

Ya ni siquiera podía ver a Germain Rochelle, convertido en puro monolito. Uno más... El último.

—Piedra eres —musitó Rufus—. Y en polvo te convertirás..., como todos, un día u otro.

Subió al sótano, tomó el ascensor, y ya en la nave, a oscuras, sólo tuvo que espiar los movimientos de Rene, el chófer, que estaba dando un paseo cerca del auto, fumando un cigarrillo. Rene nunca sabría lo cerca que había estado de la muerte. Por fortuna, no vio nada, y continuó fumando.

Tardaría mucho en impacientarse.

ESTE ES EL FINAL

Veronique oyó abrirse la puerta del apartamento, y luego cerrarse. Continuó sentada en la butaquita frente a la ventana, contemplando la negrura de la estrellada noche.

También oyó las pisadas tras ella, que se fueron acercando, hasta detenerse a su espalda.

—Sé que me has oído —oyó finalmente la voz de Rufus Carmichael—. Si tu actitud significa que has decidido no saber nada mas de mí, te ruego que lo digas claramente. Lo cierto es que no podría reprochártelo, Veronique.

—¿Qué ha sucedido? —murmuró ella, siempre fija la mirada en el exterior.

—Cosas que no pueden alegrar a nadie, Veronique, así que..., ¿para qué quieres saberlas? Aunque de todos modos, sabrás parte de ellas: tu padrastro ya no existe.

Veronique Monerot miró por fin a Carmichael. Luego, lentamente, se puso en pie, y todavía continuó mirándolo fijamente varios segundos antes de musitar:

—¿Por causa tuya?

Rufus Carmichael abrió la boca para contestar en seguida, pero lo pensó mejor... ¿Quién era él? La respuesta sincera no admitía dudas: un espía. Un espía que había eliminado a una alimaña que había estado dedicada al asesinato, y que, entre otros ya realizados, había tenido un proyecto que podía haber ocasionado muchas más muertes. Así que Rufus Carmichael estuvo seguro de no mentir... al menos demasiado, cuando, por fin, contestó:

—Yo diría que ha muerto por causa de él.

—No me sorprende... Era tan malo y odioso como un escorpión, así que habrá hecho lo mismo que este horrendo bicho: se habrá clavado su propio aguijón.

—Más o menos, así ha sido —murmuró Rufus.

—He estado pensando en nosotros, Rufus, y siento... siento la tristeza del pensamiento final de que me has estado utilizando para algo que no comprendo. Siento la tristeza de que no me amas, de que todo ha sido mentira. ¿Es así?

—No te he mentado en eso, Veronique.

—Entonces —se iluminó el rostro de la muchacha, tomándole de una mano—, todo va bien. Acompañame a casa. Tenemos que darle... la enhorabuena a mi madre: ha dejado de compartir su vida con un escorpión.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.

